

Alberto  
Vázquez-Figueroa

El perro



ae

En un penal de América Central, un preso político y un perro se observan como fascinados el uno con el otro. Cuando se evade el preso, tras herir mortalmente al guardián, el animal, condicionado por su amo antes de morir, se lanza en persecución del homicida. Los dos adversarios se enfrentarán en una lucha atroz, hostigante, incansable, y a medida que transcurren las semanas, se establece entre ellos una extraña complicidad, hecha de sentimientos tan opuestos como el odio y la estima.

**L≡LIBROS**

Alberto Vázquez-Figueroa

**El perro**

## I

El Hombre observó al Perro, inmóvil y jadeante, fijos los ojos en su amo, aguardando una orden que nunca llegaría, porque el Guardián se había enzarzado ya en una charla intrascendente con sus compañeros, olvidando al animal que permanecería allí, estatuario, hasta que el violento sol del trópico le achicharrara el cerebro.

Era una fiera y bella mezcla de pastor alemán y lobo, de pelaje castaño rojizo en el lomo que iba aclarando hacia las patas; unas patas gruesas y fuertes de color casi dorado. El negro hocico destacaba, afilado e inquieto, sobre una quijada de hierro por la que asomaban la agitada lengua y los largos y amenazantes colmillos, todo ello dominado por unas orejas siempre enhiestas y unos enormes y brillantes ojos, vivos e inteligentes.

Le recordaba a Barrabás, su cachorro, al que mató un camión, y se preguntó si Barrabás habría llegado alguna vez, con el tiempo, a convertirse en una bestia semejante, capaz de ejecutar una orden apenas apuntada por un gesto de cabeza o de permanecer inmóvil bajo el sol porque no le habían dado permiso para buscar cobijo.

Sonrió tristemente recordando su pena el día que Barrabás cruzó la calle en busca de su último destino. Durante meses se sintió culpable por no haber sabido enseñarle dónde estaba el peligro, y autos, motos y camiones no eran cosas de juego a las que perseguir ladrando alegremente, sino máquinas infernales e invencibles, contra las que nada podía un estúpido cachorro.

Nunca quiso que le regalaran otro, y quizás fue ese día, en que aún no había cumplido doce años, cuando comenzó a forjarse su carácter de hombre solitario, porque tal vez fue la muerte de Barrabás la que dejó en su mente el convencimiento de que los seres que se aman se pierden, y resultaba menos doloroso no amar a nadie.

Doce años es una mala edad para perder a alguien muy querido. Ya no se es niño, que olvida fácilmente, ni se es un hombre, capaz de sobreponerse y razonar. Doce años es una mala edad cuando no se tiene más que a un perro tonto, y ese perro se deja matar por un camión de refrescos.

A partir de ese instante, la vida se vuelve un constante esperar que un nuevo camión doble la esquina para llevarse la felicidad por delante.

Cerraba los ojos y le volvía a la mente una escena donde sangre, naranjada, limón y cola, se mezclaban con cerveza y vidrios rotos, rodeando a un pobre cachorro que gemía angustiado, incapaz de comprender que se moría.

Se arrodilló junto a él, clavándose en la pierna los pedazos de cristal y trató de ararlo inútilmente, insensible a que la sangre del animal se mezclara ahora con su propia sangre.

Lo arrancaron de allí a rastras, y aún le quedaba en la pierna una blanquecina cicatriz, recuerdo de aquel día.

Contempló de nuevo al Perro, que más parecía pintado que vivo, y su vista resbaló distraída por la fila de forzados, el grupito de guardias armados que parloteaban a la sombra de un copudo samán, y la larga llanura de corta hierba, donde la faja de la pista de tierra destacaba como un araño sanguinolento sobre una piel aceitunada.

Tierra roja bajo la hierba verde, duro contraste enmarcado en un cielo azul que de tan pálido parecía blanco, sin una nube y con un sol absorbente dominándolo todo.

Cuarenta grados y ni un soplo de viento, ni la más leve brisa, y allí estaba el perro, sin la protección del sombrero de paja de los presos o el samán de los guardianes, envuelto en su gruesa piel y muy abierta la boca, buscando refrescarse a través de la larga lengua temblorosa.

Resultaba inhumano dejar que se achicharrara de aquel modo, pero le constaba que no se movería un milímetro mientras su dueño no se lo ordenara expresamente, pues llevaba meses observándolos a ambos, y había llegado a admirarse del dominio casi divino que aquel sucio Cabo llegaba a ejercer sobre la bestia.

Saltar, correr, rastrear, ocultarse, atacar, retroceder, amenazar, matar. Bastaba una orden, una palabra, y el perro obedecía ciegamente, y ciegamente se hubiera lanzado a un abismo o bajo un camión de refrescos si su dueño lo pidiera.

Y como ovejas espantadas manejaba la bestia a los forzados, pues le bastaba un gruñido o un enseñar los dientes, para que el más rebelde se acallase, y nadie se permitía con él las bromas y libertades que a veces soportaban los otros a cambio de un buen hueso.

Aquél era el Rey de la jauría, y a menudo recordaba al héroe de una novela que le había impresionado profundamente en su infancia. Hablaba de un gran perro condenado para siempre a tirar de un trineo en permanente lucha con los lobos y con sus compañeros, de los que llegaba al fin a convertirse en caudillo, gracias a su fuerza, su nobleza y su ferocidad.

Tendido a su lado, abotargado por el calor y la fatiga, el viejo Diputado Aranda siguió la dirección de su mirada y contempló al animal durante largo rato.

—¡Ojalá se le seque el cerebro a esa maldita bestia! —masculló.

No respondió; el viejo Aranda guardaba en la pantorrilla el recuerdo de los colmillos del animal, y había jurado vengarse. Un par de veces le puso al alcance trozos de carne entremezclados con vidrio molido, pero el Perro se limitó a olisquearlos, pues no aceptaba comida que no viniera de su amo, por mucha que fuera su hambre.

Se alegró de que la trampa no hubiera resultado. Aquel bicho era demasiado noble para morir con el estómago perforado, y le constaba que si alguna vez mordió a Aranda, probablemente éste se lo habría merecido.

Vio cómo el dueño del animal se apartaba del grupo de guardianes, orinaba al borde de la pista, y al regresar reparaba en el perro inmóvil.

—Está bien —le oyó conceder—. ¡Échate allí!

Luego se volvió hacia ellos:

—¡Ustedes! ¡Basta de vagancia! Agarren las herramientas y a trabajar.

La columna de forzados, una veintena escasa, comenzó a moverse perezosamente, pero una patada aquí y otra allá y los gruñidos de los canes que mostraron los dientes, acabaron por ponerlos de pie, y uno por uno fueron apoderándose de picos y palas para reiniciar la inútil tarea de construir una carretera que iba de parte alguna a ninguna parte.

Clavó la pala en la tierra y alzó el rostro un instante. Desde su puesto, el gran perro le observaba fijamente, como si estuviera tratando de leerle el pensamiento o buscara, quizás, algún perdido recuerdo en su memoria.

A la caída de la tarde llegó el camión y en él se apretujaron formados, perros y guardianes, y durante la larga hora de trayecto, estuvo observando al altivo animal, que a diferencia de sus compañeros, no buscó echarse y soportar así los baches y bamboleos, sino que permaneció muy firme sobre sus patas, con la cabeza alzada, recibiendo en el morro el viento, con los oscuros e inteligentes ojos clavados en la distancia, allá delante.

—¿Cómo se llama?

El Guardián le contempló, desconcertado, y siguió la dirección de su mirada. Se encogió de hombros.

—Perro.

Luego desvió la vista, como si le interesara el polvo del camino, rompiendo toda posibilidad de continuar el diálogo, y comprendió, por el tono de su voz y su expresión, que, pese a que lo hubiera educado y criado, aunque pasase junto a él la mitad de su vida, no le tenía afecto; no era su amigo; no significaba para él mucho más que el arma que colgaba de su hombro o su gorra de plato.

La bestia, sin embargo, parecía responder a esa indiferencia con un amor y una sumisión sin límites, y a cada instante desviaba ligeramente la cabeza, como para cerciorarse de la proximidad reconfortante de su amo.

Constituían una extraña pareja; el animal hermoso, elegante, noble e

inteligente, y su dueño, malencarado, tosco, zafio y brutal, y, sin embargo, se diría que el perro admiraba y reverenciaba cada gesto suyo, y se podía tener la absoluta certeza de que, sin dudarle, ofrecería su vida por la de él.

Bajó la noche, y la llanura de gramíneas, salpicada de palmeras moriche, acacias y samanes, comenzó a dejar sitio al chaparral y la colina, mientras la tierra roja y suelta se retiraba ante el asalto del pedregal ocre y reseco.

Nubes de mosquitos llegaron en avanzada, feroces y despiadados, y se escucharon palmadas y denuetos, pues todos se esforzaban por sacudirse los de encima, pero estorbaba la acción la mano encadenada al vecino.

—¡Vaina de plaga! —masculló el viejo Aranda—. De día el sol, y de noche los mosquitos... ¡Mierda de país!

Le interrumpió una explosión, el vehículo dio un bandazo y se detuvo tres metros más allá, inclinado sobre su costado derecho.

—¡La madre que lo parió! ¡Todos abajo...!

Saltaron de dos en dos, encadenados por parejas como iban, y fueron a sentarse al borde del camión bajo la atenta vigilancia de perros y guardianes, mientras el conductor manipulaba el gato hidráulico elevando el camión.

Los mosquitos cayeron con más saña sobre cautivos y soldados, y todo se fue en un agitar de piernas y un manoteo desatado, hasta que el viejo Aranda, que golpeaba el suelo con más fuerza que nadie, lanzó un alarido de dolor.

—¡Me mordió! ¡Me mordió la hija de puta! —aulló, aterrorizado.

El haz de una linterna buscó entre sus pies, y allá corrió, sinuosa y asustada, agitando los cascabeles de su cola.

Todo se fue en saltos, huidas y gritos, e incluso alguien disparó a ciegas a riesgo de matar a más de uno, y no se tranquilizó la montonera hasta que el ofidio desapareció en la noche seguido por el gruñido y el ladrar furioso, pero prudente, de los canes.

Tan sólo entonces pudieron prestar atención al viejo, que se revolcaba entre gritos y llantos, aferrándose la pierna izquierda con el brazo libre y dando bruscos tirones del hombre al que le unía la gruesa cadena.

—¡Estoy muerto! Estoy muerto... —sollozaba—. Muerto como un perro al borde de un camino y comido de mosquitos.

Formaron círculo en su torno, y las linternas alumbraron sus convulsiones y su babear, dando un aspecto aún más dramático a su rostro chupado y anguloso, terriblemente pálido, y a sus ojos, muy azules y hundidos, brillantes y espantados.

El Hombre, arrodillado junto a él, y a él encadenado, alzó a su vez la vista hacia los guardianes, hasta que uno acudió con las llaves, liberó la esposa que aprisionaba la mano derecha del viejo y tiró de él buscando instintivamente un lugar seguro al que encadenarlo.

—Sube al camión —ordenó.

El preso lo hizo, y el guardián le siguió, pero en el mismo instante en que puso el pie sobre la caja, recibió una coz en el rostro que lo lanzó rebotando hacia el camino.

De un limpio salto, el hombre cayó de pie al lado opuesto del vehículo, dejándolo entre él y los que rodeaban al viejo Diputado, y, alzándose como si un resorte le impulsara, cruzó la pista de tierra y se adentró en la espesura de matojos y zarzales.

Atrás quedaron voces de mando y gritos, ladridos y algún disparo inútil, pero no les prestó atención, pues todos sus sentidos estaban puestos en la huida; en la feroz carrera sin más fin ni principio que dejar atrás a sus perseguidores.

Corrió y corrió, acuciado por los ladridos y las voces, y no se sintió aliviado hasta que cruzó el segundo riachuelo, por el que siguió largo rato con el agua a la rodilla, buscando así desconcertar a los perros.

Se dejó caer entonces en el centro de la corriente, permitiendo que el agua calmara sus nervios, y cuando el corazón dejó de latirle con la fuerza de un tambor, bebió despacio, se sintió reconfortado y tendió el oído hacia la noche.

Gruñidos, voces y llamadas; agitarse de ramas y jadeos, y allá, muy lejos, las luces del camión alumbrando unos metros de camino.

Al otro lado, delante, la noche amiga y un paisaje hostil e ignorado.

—¡Bien! —se dijo—. Creo que he vuelto a cometer una estupidez, y acabarán cazándome... Pero ya que estamos en ello, veamos qué pasa.

Reanudó la marcha escurriendo agua, sintiendo cómo los pies le chapoteaban dentro de las raidas botas y el áspero uniforme de forzado se le pegaba al cuerpo; abriéndose paso por entre los matojos del chaparral agreste; olvidándose la piel y los jirones en los zarzales; obsesionado por la idea de dejar muy lejos, a sus espaldas, las luces del camión, que continuaban alumbrando tontamente la noche.

Tres horas después se supo completamente solo, y cuando la brisa comenzó a levantarse, no le trajo ni voces, ni ladridos, ni rumor alguno.

Siguió adelante, y el amanecer le sorprendió en la caminata, de cara ya a la montaña oscura y espesa, húmeda y acogedora; montaña en la que ni un ejército podría encontrarle, y donde los mil riachuelos y la lluvia constante esconderían fácilmente su rastro.

—Si la alcanzo, que me echen un galgo —comentó en voz alta—. Y cuando dejen de buscarme, cruzo el país, y a la frontera...

Se volvió y observó el ondulado chaparral a sus espaldas. A la incierta luz de la madrugada aparecía gris y sombrío, inmóvil y tranquilo, como petrificado, y tan sólo una gallinaza se agitó allá, muy lejos, hacia el Oeste, tal vez espantada por el último cunaguaro de la noche; tal vez asustada por el primer halcón del día.

—Tal vez alarmada por el paso de un perro... —aventuró, y continuó su camino hacia la montaña.

El sol brillaba muy alto cuando inició la ascensión, pasaba del cenit cuando se



detuvo a medio camino de la cumbre y contempló desde la altura el agreste paisaje.

Sentado en una roca dejó que su vista vagara lentamente en busca de un síntoma de vida; cualquier movimiento que delatara la presencia de sus perseguidores.

Pasó así un largo rato, y una dulce sensación de seguridad comenzaba a invadirle, cuando un resplandor le hirió en los ojos, reclamando su atención hacia el punto por el que guardián y perro comenzaban a trepar por la montaña siguiéndole el rastro.

—¡Malditos sean!... —rezongó—: Quieren que nos matemos caminando...

Despegó desganaadamente el trasero de la roca, alzó el rostro como tratando de calcular la distancia hasta la cumbre, y reanudó la marcha, resbalando y maldiciendo, resoplando y escupiendo.

Llegó a la cima minutos antes que las nubes del atardecer, que se aproximaron deslizándose sobre la ladera como blanca y silenciosa amenaza intangible. Las empujaba un viento constante y frío, y apenas le quedó tiempo de admirar la magnificencia del panorama, antes de que la densa neblina le invadiera, calándole de humedad hasta los huesos y la lluvia mojará las copas de los más altos árboles.

Cuando el rumor de esa lluvia llenó el paisaje, y el agua, en diminutas cataratas, comenzó a resbalar vertiente abajo arrastrando hojarasca, cadáveres de insectos y grumos de barro, enfangando el terreno y empapando la corteza de los árboles, sonrió tratando de imaginar el rostro de sus perseguidores cuando se convencieran de que aquel agua había borrado su rastro para siempre.

—Y ahora, abajo, donde ellos menos imaginen...

Se dejó resbalar, la lluvia, la hojarasca o los grumos de barro, deteniendo aquí y allá la libertad de su caída contra un tronco o un matorral, satisfecho al comprobar que la huella de su paso quedaba pronto cubierta por el agua que caía; hambriento y cansado, empapado y sudoroso, pero tan alegre que hubiera roto a cantar de tener resuello suficiente.

—Abigail Anaya... —susurró de buena gana—. Empieza a preocuparte, que estoy de nuevo en danza.

**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

## II

Le sorprendió la noche en el camino, y el día siguiente, y aun la siguiente noche, sin concederse un minuto de descanso, paso tras paso, como un autómata, preocupado tan sólo por no desviar su rumbo, siempre hacia el Norte, siempre alejándose de la frontera más cercana, buscando desconcertar a sus perseguidores.

Trepó luego a la más alta loma de las proximidades, y tumbado en su cumbre dejó pasar las horas ojeando los cuatro horizontes sin descubrir más vida que conejos, aves, y la mancha móvil de un jaguar que se deslizaba allá abajo, muy lejos, al acecho de una pareja de venados.

Al atardecer cruzaron dos jinetes arreando media docena de cebús de piel muy clara, y con la puesta de sol regresó la plaga, pero se encontraba tan agotado ya, que ni fuerza tuvo para espantarla, y allí mismo se tumbó, cara al cielo, disfrutando por primera vez en cinco años de la indescriptible sensación de encontrarse libre.

Trató de imaginar cuál sería su vida en adelante, exiliado en algún país amigo, ocupado tan sólo en dar conferencias y trabajar por la libertad de su patria.

—Será bueno descansar después de tantos años —murmuró para sí—. Será bueno despertar al día sin temor de que sea el último, porque el Presidente Anaya se ha levantado con mal pie esa mañana.

Contempló las estrellas, más cerca ahora de lo que habían estado en aquellos años de forzado, y recordó la primera vez que se tumbó en la arena a observarlas después de haber aprendido a hacer el amor sobre una playa de Oriente.

Fue una gran noche aquélla, bien aprovechada por una mujer casada a la que le caía en los senos un adolescente veloz y apasionado. Le dejó que mirara las estrellas, y comenzó a acariciarle suavemente, susurrándole al oído que hacer el amor era algo importante.

Desde aquella noche no pudo ya mirar nunca las estrellas sin recordarla, ¿cómo se llamaba?, y sin agradecerle su paciencia y su tacto, que tanto le habían servido para tener tacto y paciencia en tantas ocasiones.

—Será bueno hacer el amor de nuevo... Será bueno sentirse de nuevo un ser humano...

Dejó que los sueños de libertad le pesaran en los párpados, todo se convirtió en auténtico sueño, y nada turbó su descanso hasta que un sordo gruñir le hizo erguirse de un salto.

El cañón del arma, ante sus ojos, le mantuvo muy quieto, pegado al suelo, y la proximidad de los afilados colmillos y los ojos brillantes le erizaron cada vello de la piel, del tobillo al cogote.

—Mejor no se me agite —advirtió el Cabo—. El arma tiene el gatillo alegre, y al chucho le gusta la sangre...

Era como si el mundo hubiera concluido aquella húmeda mañana después de haber creído que la vida empezaba la noche antes. Contempló al Cabo y agitó la cabeza, incrédulo:

—¿Cómo pudo encontrarme?

Señaló con un gesto al animal:

—Encontraría a un sapo en un pantano... Nunca se le escapó nadie...

—Estuve a punto de lograrlo.

Negó convencido y sonrió:

—Una vez perseguimos a un tipo por dos meses... Al fin, desesperado, prefirió pegarse un tiro...

—¿Le gusta acorralar a la gente?

—Gano más por un fugitivo que capturo que por dos meses de vigilancia.

—Si me deja ir, puedo darle lo que gane en dos años.

—¿De qué me serviría también picar piedras?

Dio por concluida la charla, extendió las esposas y le obligó a ponérselas. Luego apartó a un lado el arma, que recostó contra el tronco de la ceiba más próxima, y encendió un cigarrillo, que fumó despacio. Cuando lanzó lejos la colilla, se echó la gorra sobre los ojos y se quedó dormido.

Esperó largo rato, y cuando no le cupo duda de que se encontraba en el más profundo de los sueños, inició un levísimo gesto, pero un gruñido ronco le obligó a inmovilizarse de inmediato ante unos colmillos firmes y afilados.

Sin abrir un ojo ni mover un músculo, el Cabo susurró en voz muy baja:

—Si intenta algo, lo mata, y me dan lo mismo por usted, vivo que muerto...

No le cupo duda de que lo que decía era cierto, y durante horas observó al animal, que parecía de piedra, muy abierta la boca y con la lengua colgante, clavados en él los ojos, pero con una expresión ausente, como si pudiera vigilarle y estar en otra parte al mismo tiempo.

Se dijo que había algo de humano en aquella bestia, más de lo que tenía su dueño, y no cabía duda de que la Naturaleza había trastocado en aquel caso los papeles, pues era el Perro quien debería hablar y dar las órdenes, y el Guardián, el encargado de ladrar y ejecutarlas.

Y sin embargo, había también algo en aquella capacidad de permanecer quieto y atento, sin mover un músculo, que no era ni humano ni animal; era cosa

de seres que no estuvieran dotados de vida y no sufrieran por el calor del sol, las picadas de las moscas o los calambres de la inmovilidad.

«Si su dueño muriera de repente continuaría así horas y días, hasta que muriéramos también. Tiene una orden clavada en el cerebro, y se le diría hipnotizado. Todas sus funciones vitales han quedado reducidas a una: Vigilar...».

Era como un robot viviente, programado para una misión específica, y observando de cerca sus ojos vacíos de todo sentimiento, incapaces de reaccionar a los estímulos externos, podría pensarse que, en verdad, se le había privado de la capacidad de sentir o expresar.

Pasaron las horas. El Cabo roncaba suavemente, y el sol trepaba hacia su cenit calentando la tierra y aumentando con su fuerza el volumen del canto de las chicharras.

Las moscas comenzaron a zumbar más y más pegajosas en torno a su rostro y el hocico del Perro, pero mientras agitaba las manos tratando de espantarlas, el animal continuó tan estático, que en verdad podría pensarse que se había petrificado a no ser por la lengua que colgaba al aire, cada vez más larga y húmeda.

Llegó incluso a olvidarlo, asaltado por la idea de que aquella mañana había comenzado el fin de su historia, porque si no le mataban de una paliza en cuanto pusiera el pie en el campamento, su Excelencia el Presidente Abigail Anaya ordenaría que sufriera un accidente, que evitara cualquier nueva esperanza de fuga.

Nunca comprendió muy bien por qué lo había dejado vivo hasta aquel día, y el intento de evasión bastaría para colmar la escasa paciencia del tirano.

—Yo no tengo enemigos —había dicho en un tiempo—. Todos están muertos...

Pero desde aquella frase —original o plagada— habían pasado muchos años, y quizá con el tiempo el viejo Anaya se había reblandecido demasiado.

Ahora, sus enemigos formaban legiones de forzados que construían caminos en los más remotos confines del país, pero muchos anayistas a ultranza opinaban que era hora de volver a los tiempos del paredón y las pocas palabras.

—Vea lo que se obtiene aflojando la mano —le dirían—. Tres días con el alma en vilo, esperando a que le echen el guante a ese maldito... ¿Tiene una idea, Excelencia, de lo que puede ocurrir si Aristides Ungría logra cruzar la frontera?...

—Sí, tengo una idea: podría unir a una oposición que ahora no es más que una chivera de cluecas enloquecidas...

Fue como un destello.

Por un instante llegó a creer que tan sólo lo había imaginado; pero permaneció muy atento, y al rato advirtió de nuevo aquel relampaguear de los ojos, movimiento instintivo que el animal logró dominar sobre la marcha.

Pero se repitió, y muy despacio, ladeó la cabeza para seguir la dirección de la ojeada. A no más de veinte metros, un conejo blanco de manchas parduscas había hecho su aparición a la puerta de una diminuta madriguera y correteaba entre rocas y matojos, ajeno por completo a la presencia del perro y de los hombres.

El jadear aumentó de ritmo y la roja lengua se agitó como el flamear de una bandera muerta que comienza a ser juguete de la brisa.

El conejo se aventuró al centro del claro y la inquieta naricilla olisqueó un matojo. Como reflejo inconsciente, el negro hocico se estremeció también y se le vio más brillante y húmedo que nunca.

Observó al Perro, y luego sus ojos fueron al fusil apoyado en la ceiba, junto al Hombre dormido, a no más de cuatro metros de distancia. Trató de calcular si estaría montado o no, porque el segundo que tardara en hacerlo podría significar la distancia entre la libertad y la muerte.

Corría un grave riesgo, y le constaba. El animal era muy rápido, y aunque intentara sorprenderlo, reaccionaría al instante echándose encima. Lo más probable era que le saltara al cuello, y aunque no alcanzara a degollarle, daría tiempo a su amo a desenfundar la pistola y liquidarlo allí mismo.

No tenía, pues, mucho a su favor, pero menos tendría —y de eso estaba seguro— si permitía que le llevaran de regreso al campamento, donde estaba claro que nadie daría nada por su vida.

Decidió correr el riesgo y se volvió a observar de nuevo al conejo, que continuaba sus idas y venidas como si realmente estuviera tratando de seducir al Perro, como una turista coqueta ante un rígido centinela del Palacio de Buckingham.

Admiró la entereza del animal, al que hubiera bastado un salto para apoderarse de su presa, y se preguntó cuánto tiempo haría que su dueño no le proporcionaba algo tan exquisito como un tierno conejo de monte.

« ¡Ve por él! —le ordenó mentalmente, en un vano intento de transmitirle la orden o el deseo—. ¡Vamos! ¿Qué estás esperando? Ve por él, y cómetelo con rabo y orejas... Piensa en la carne blanca; en la sangre escurriéndote por el morro; en los huesos que crujen al roerlos. ¡Decidete...!» .

Pero continuó sin mover un músculo, limitándose a seguir más aún las rectas orejas, aventur el aire abriendo mucho las ventanillas de la nariz y reflejar en el fondo de su iris, de un marrón oscuro, la imagen en movimiento del inquieto roedor.

Aguardó, con los nervios tan tensos que casi le hacían daño, y en la única décima de segundo que el animal empleó en desviar la vista, sin advertir él mismo lo que hacía, se lanzó hacia delante, aferró el arma por el cañón, la blandió en el aire como una maza, y la descargó con todas sus fuerzas sobre la cabeza de la bestia, que ya se le venía encima con las fauces abiertas.

Sonó un crujido seco, y el Perro rodó pendiente abajo, lanzando aullidos, mientras su amo se alzaba de un salto llevándose la mano a la cartuchera.

Apenas tuvo tiempo de desabrochar la tapa de cuero que cubría la culata, porque resonó un seco estampido y cayó de espaldas con el pecho abierto por el impacto de la gruesa bala.

Se hizo un largo silencio en el que hasta las chicharras enmudecieron de asombro y él mismo se sorprendió al advertir que había vencido y sus dos enemigos habían quedado allí abatidos para siempre.

Se inclinó sobre el herido, rebuscó en sus bolsillos y encontró la llave de las esposas. Manióbró largo rato hasta liberarse, y se frotó las muñecas con alivio.

Observó al guardián; aún respiraba, pero el agujero en el pecho dejaba pocas esperanzas de que pudiera mantenerse con vida. Necesitaba un buen cirujano, y dudaba de que hubiese siquiera un dispensario en cuatro o cinco días de marcha a la redonda. Hubiera querido sentir lástima o remordimientos de conciencia, pero pensó en cuántos habría cazado en sus años de buscador de fugitivos, y se encogió de hombros.

—Unas veces se gana y otras se pierde —comentó en voz alta, como si pudiera oírle—. Esta vez te tocó la mala, amigo.

Recogió el fusil, se encajó la pistola entre la camisa y el pantalón y, echándole una última mirada al Perro empapado en sangre, descendió la colina y reanudó la marcha, siempre hacia el Norte.

Se alejaba ya cuando pareció recordar algo, y volviéndose agitó la mano con un ademán de despedida:

—¡Gracias, conejo! —gritó alegremente.

### III

Encontró mangos maduros y bananos a punto de dorarse, lo que le alegró las tripas y el alma, y por eso se sorprendió a sí mismo tarareando una vieja cancioncilla de estudiante mientras cruzaba una cañada espesa en la que le salieron al paso vacas de mirada triste.

Se alejaba aprisa de la muerte que había dejado a sus espaldas, esforzándose por olvidarla, desechando de su mente cualquier sentimiento de culpabilidad, repitiéndose una y otra vez que el muerto no era más que un esbirro de la dictadura; uno de los tantos canallas que habían contribuido a que el país llegara donde había llegado.

—Sin ellos, Abigail Anaya habría desaparecido hace mucho tiempo —murmuró en voz alta—. Y son aún peores que el mismo Presidente, porque su ambición se limita a unas pocas monedas, y lo mismo matarían por él que por nosotros, si nosotros pagáramos más... Algún día los barreremos del mapa... Limpiaremos el país de toda esa escoria, y tendremos libertad... Y no habrá cárcel, ni campos de prisioneros, ni forzados para construir caminos inútiles... ¿Cómo pagarán entonces su culpa los anayistas?

No tenía respuesta para eso, y le dolía. Sus sueños chocaban siempre con la realidad de que no es posible un Gobierno —cualquier Gobierno— sin algún tipo de represión, y eso lo desconcertaba.

—Si encarcelamos a los partidarios de Anaya, estamos concediendo el derecho a que los partidarios de Anaya nos encarcelen a nosotros en justa reciprocidad... Y si no lo hacemos, estamos dándoles la oportunidad de atentar de nuevo contra la libertad de todos.

Le asaltó de pronto el recuerdo de las humillaciones y sufrimientos de aquellos cinco años, y advirtió, sorprendido, que el odio que había ido acumulando comenzaba a desvanecerse junto a sus deseos de venganza.

Noche tras noche, encadenado en un sucio barracón, la ira se había ido abriendo paso en sus entrañas, cavando un hueco cada vez más hondo, y durante los ataques de disentería, cuando la forzada inmovilidad le obligaba a hacerse las necesidades encima, se había jurado que algún día estrangularía con su propia mano a todos aquellos malnacidos, y les haría pasar por los mismos dolores y vejaciones que estaba padeciendo.



Pero era ahora tanta su alegría, se sentía tan feliz de caminar libre por aquella cañada que olía a hierba fresca y mierda de vaca, que se sintió incluso capaz de olvidar el pasado, borrarlo por completo de su memoria y aplacar su ira y su deseo de venganza con tal de que aquellos cinco años nunca volvieran y todo se limitara a pasar en paz por un lugar semejante.

—Tengo cuarenta y tres años —se dijo—. Aún puedo pedirle a la vida muchas cosas sin desperdiciarla en una estúpida venganza... Maté a un tipo. Un canalla. Me haré a la idea de que con él maté a todos los que me jodieron...

La cañada y su espesura concluyeron bruscamente, y al salir de improviso al claro, el corazón le dio un vuelco al toparse con un grupo de hombres reunidos en torno a una hoguera, que echaron mano a sus armas ante la presencia del desconocido.

Se observaron en silencio. Eran cinco, y tres le apuntaban directamente con viejas escopetas remendadas. Paseó la vista de uno a otro, y se tranquilizó al advertir que no había en ellos huellas de uniforme o apariencia militar. Luego, su vista fue a los hierros de marcar sobre la hoguera, y a la novilla que, ligada de patas, mugía junto al fuego.

—Buenas tardes —dijo.

El que parecía comandarlos, barbudo y malencarado, se aproximó a estudiarle.

—¿De dónde sale? —inquirió de mala gana.

—De la montaña.

Observaron su atuendo; el uniforme raído y tieso cruzado por una raya negra.

—¿Forzado?

Comprendió que resultaba estúpido negarlo, y afirmó con un leve gesto de cabeza. Los hombres depusieron inmediatamente su actitud hostil.

—¡Ah, vaya! Adelante entonces, amigo... No tema...

Los observó un instante, reparó detenidamente en los hierros y comprendió.

—¿Cuatros?

Se encogió de hombros.

—Ya usted sabe... Demasiado ganado montaraz por estas quebradas... No está muy claro quién es su dueño...

Tomó asiento junto al fuego y aceptó una taza de café cien veces recalentado, pero que le supo a gloria. Le ofrecieron también carne seca y galletas rancias, pero era lo mejor que había comido en mucho tiempo.

Observó cómo tres de ellos continuaban en la tarea de marcar a las novillas, que soltaban luego en un tosco cercado, y las señaló con un gesto:

—¿A dónde las llevan?

—Al otro lado de la frontera...

—¿No hay mucha vigilancia?

—Los soldados hacen la vista gorda por doscientos pesos...

—¿Podría ir con ustedes?

El hombre dudó, consultó con la vista a su compañero, un viejo de rostro surcado de cicatrices y un ojo blanco que no había abierto la boca en todo el rato y que hizo un leve gesto negativo.

—Lo siento, amigo... —se disculpó—. No nos importa que usted huya, pero su compañía podría perjudicarnos... Una cosa es pasar vacas mugrientas, y otra, un fugitivo... ¿Por qué lo atraparon?

—Política...

—Peor aún... Al Presidente puede que no le importe mucho un ladrón más o menos, pero sí le importan sus enemigos... ¡Lo lamento!

—Entiendo...

Hizo ademán de levantarse, pero el viejo le interrumpió con un gesto:

—No se lo tome a pecho. Quédese esta noche, y siga mañana su camino. Aquí no hay peligro... ¿Le vienen siguiendo?

—Ya no.

El barbudo observó con detenimiento el fusil cruzado sobre sus rodillas.

—Arma de reglamento —señaló—. ¿Se la robó a un guardián?

Asintió con un gesto mientras seguía con la vista los trabajos del trío, que derribaban un becerro. Uno le torció el cuello, el otro le ligó las patas y el tercero le aplicó con fuerza el hierro sobre una marca antigua, que quedó totalmente cubierta.

El animal soltó un mugido lastimero, y un denso olor a pelo y carne achicharrados se extendió nuevamente por el claro.

Sin saber por qué, el becerro le recordó por un segundo al Perro tumbado al pie del árbol, desarticulado y sangrante, con los ojos abiertos y vidriosos.

No había sido un buen fin para una bestia tan hermosa, y no se sentía orgulloso de haberla matado. Estaba seguro de que en otras circunstancias le hubiera gustado ser amigo de aquel bicho, más amigo de lo que se sentía capaz de serlo de muchos seres humanos.

—Maté a un perro —dijo casi sin darse cuenta.

Los cuatrerros le observaron con extrañeza.

—¿Un perro?

—Era un animal extraño... Más humano que la mayoría de la gente.

—Yo tuve un caballo así —admitió el viejo—. Podía hablar con él mejor que con cualquiera de esos tres... —Hizo una pausa—. Y entendía más de vacas, se lo juro...

—¿Qué fue de él?

—Se volvió loco de pensar tanto —guiñó su ojo blanco—. Un día se lanzó de cabeza a un barranco, y tuve el tiempo justo de agarrarme de una mata... —Meditó unos instantes—. Nunca se debe exigir a una bestia más de lo que le da el cerebro... Ni a los hombres tampoco.

El sol comenzó a ocultarse, refrescó la brisa e hicieron su aparición los mosquitos. El barbudo se puso en pie y echó a la hoguera una bosta de vaca, ya reseca. Un humo denso y maloliente los envolvió un instante y ahuyentó largo rato la plaga.

A la noche, tras una abundante cena de carne fresca de novillo y el mismo café de siempre, uno de los merodeadores templó una guitarra y entonó con bastante acierto una melancólica canción llanera.

—Ya el llano no es el mismo —sentenció el viejo—. Ahora la gente de la Capital se viene a pasar los fines de semana al llano en avioneta, y las Haciendas tienen luz eléctrica y televisión... En mis tiempos, se hacían doce días hasta la Capital sobre un caballo... Nadie venía nunca, y ésta era una tierra buena y solitaria... Se podía cabalgar un mes entero sin ver un alma, y nubes de venados brincaban ante nuestras propias narices... Ahora, con las camionetas y los motos, los de la ciudad los están acabando...

—Y nadie se quejaba si te llevabas una vaca —corroboró el de la guitarra—. Ahora se diría que estás montándote a su hija. —Agitó la cabeza—. Hasta la gente del llano se está volviendo egoísta...

—No son gentes del llano. Los capitalinos compraron las Haciendas.

—Y no van a caballo, sino en esos jeeps todo terreno...

—Y hay caminos...

—Y alambradas...

Le pareció estar contemplando una vieja película del Oeste, y en verdad que había asistido un millón de veces a la escena; hombres, armas y ganado a la luz de la hoguera lamentándose del final de las grandes praderas.

Resultaba incongruente y al mismo tiempo hermoso que quedara un rincón del mundo en el que aún podían subsistir los cuatrerros. Robar ganado ajeno era una de las más antiguas aficiones humanas.

El barbudo alzó el rostro, estudió la posición de las estrellas y la luna, y se volvió al viejo:

—Es la hora —dijo.

El otro hizo un gesto de asentimiento, se alzó pesadamente, fue hasta donde guardaba su petate y regresó con un bulto que comenzó a desenrollar con sumo cuidado.

Mostró la rara joya a la admiración general, la dejó sobre una lisa piedra, apretó un botón y se recostó de nuevo contra el tronco del paraturo, con expresión satisfecha.

Una música estridente rompió la quietud de la noche, se alargó por las sombras y se perdió en la espesura.

Mugió una vaca, y un caballo relinchó.

La dulce y empalagosa voz de la locutora se alzó sobre la música y anunció solemne:

—« Y ahora, escuchen ustedes el capítulo treinta y cuatro de *Una mujer sin pasado*, original de Sara Plaza, basado en una novela de Corín Tellado...» .

Agitó la cabeza, incrédulo, y señaló acusadoramente al aparato:

—¿Escuchan eso cada noche?

—¡Chissst!

#### IV

Se despertó aturdido, con sabor de sangre en la boca, y tardó largo tiempo en saber dónde estaba, qué había ocurrido, cómo le habían golpeado.

Le dolía cada músculo del cuerpo, y le costó un tremendo esfuerzo erguirse y dirigir una turbia mirada a su alrededor.

Un ronco lamento se escapó de su garganta y se arrastró como pudo hasta llegar a su lado. Sollozó quedamente, y él abrió los ojos en los que pudo leer el opaco desvío de la muerte.

—¡Mátalo! —le ordenó con un hilo de voz—. ¡Mátalo!

Quedó en silencio, y percibió ahora el gorgoteo de la sangre en la herida, ronco murmullo por el que se escapaba una vida.

Le olfateó de cerca, le lamió la hirsuta barba en un desesperado esfuerzo por reanimarle, y advirtió que aquella piel, antaño tibia y sudorosa, no era ya más que una fría corteza inanimada.

Lloró de nuevo, y lloró de ira, dolor y desamparo; de tristeza y vergüenza; de odio y culpabilidad.

Era responsable, y lo sabía. Tal vez no tuviera inteligencia suficiente para discernirlo, pero su instinto le indicaba que por un instante, por sólo un segundo de su vida, no había cumplido con su obligación, y el resultado estaba allí, en su amo moribundo y el tremendo dolor que sentía en todo el cuerpo.

Los recuerdos pasaban confusos por su cerebro. No estaba todo claro, pero sí el conejo gris y blanco, y el Hombre que blandía un arma con la que le golpeó con furia la cabeza.

Luego, nada, y ahora su amo estaba allí, y no era ya el mismo, y un extraño olor se había apoderado de él; apenas pudo escuchar su voz cuando le ordenó: « ¡Mátalo!» .

No estaba despierto, pero tampoco dormía. No le hablaba, pero tampoco percibía el jadear tranquilo y monótono de su respiración a la que estaba acostumbrado desde que nació. El estertor de su garganta no era el brusco ronquido que a menudo le despertaba a medianoche y al que seguía siempre una exhalación larga y profunda.

Aquello era la muerte, y lo sabía. Había visto morir venados a los que él mismo remató de una dentellada, y liebres, perdices, conejos, y hasta tres tigres

y un pintarrajeado cunaguaro. Todos ellos tuvieron una opacidad semejante en la mirada, todos emitieron un olor parecido, y sobre todos flotaba aquella especie de halo tembloroso que no podía verse, ni olerse, ni oírse, pero que le llegaba como a través de la piel y le erizaba cada vello de la garganta.

Apoyó la cabeza contra el hombro tan querido, y husmeó la mano que descansaba, como quebrada, sobre el pecho, junto a la herida. Estaba roja de sangre y sucia de tierra, y aún percibió en ella su propio olor de la última vez que le acarició la cabeza. Más allá, sobre la camisa destrozada, en los bordes de la apertura del pecho, el olor era más denso y picante, a pólvora; olor de sobra conocido, precedido siempre de un estruendo que le dejaba sordo largo rato.

Eran aquellos el olor y el ruido de la muerte, y al comprenderlo, tuvo la seguridad de que ya nada salvaría a su amo, y eso le obligó a lanzar un aullido desesperado.

Él debió de oírlo, porque, sin moverse, entreabrió los labios y susurró de nuevo, casi imperceptiblemente: « ¡Mátalo! » .

Después, nada; silencio; ni un estertor; ni un quejido; ni aun el gorgoteo de la sangre.

Aulló a la muerte, y su aullido se extendió por el valle y la colina, por las quebradas y los montes, por los riachuelos y los pantanales, y espantó a las aves, aterrorizó a los conejos, inquietó a los venados y alertó al jaguar en el fondo de su cueva.

Aulló a la muerte, y no fue el suyo un aullido de perro, sino que de lo más profundo de su alma, de lo más lejano de su stirpe, subió al cielo un aullido de lobo de las tundras, de fiera salvaje, de animal furioso que gritaba su dolor insondable, su ira y su deseo de venganza.

Aulló a la muerte, y si el Hombre hubiese podido escuchar su aullido, cada vello de su cuerpo se habría erizado de terror, porque había tanto odio y tanta decisión en aquel lamento, que no hubiera podido volver a encontrar la paz hasta lograr acallararlo para siempre.

Aulló, y continuó aullando la noche entera, tendido allí sobre el cadáver de su amo, y cuando, con el amanecer, los primeros zamuros y buitres vinieron a posarse en los árboles vecinos, saltó y ladró intentando alejarlos.

Y entrado el día se enfrentó al jaguar que acudió al hedor de la carroña, apartó con la pata las columnas de hormigas que llegaban atraídas por la sangre, espantó las nubes de moscas que zumbaban, y temió volverse loco de tanto luchar contra los mil enemigos que pretendían apoderarse del cuerpo de su amo.

Y perdió la batalla.

Bajaron los buitres y zamuros; se aproximó, prudente, el jaguar; avanzaron, incontenibles, las hormigas, y fueron nube rumorosa las miríadas de moscas.

Lanzó una última mirada al rostro amado, lamíó en un postrero adiós la mano amiga, se embriagó para siempre del olor tan querido, y se alejó hacia la llanura.

Desde allí se volvió, observó cómo se iniciaba el macabro festín en que buitres, zamuros y jaguar se disputaban la carroña, y con un último aullido, aventó el hocico, atrapó la pista y se lanzó, veloz, en pos del Hombre.

En su cerebro ya nunca cabría más que una orden:

« ¡Mátalo! » .

## V

Era un río profundo, ancho y claro.

Corría rápido y manso, por entre orillas tapizadas de espesa vegetación de un verde muy oscuro, gruesos cedros, altas serrapías, llorones sauces y aislados paraturos.

Era un paisaje idílico y tranquilo, de fresca sombra, leves rumores, olores densos y suavísima brisa, frecuentado por martín pescadores, ligeros colibríes, oscuras ardillas y loros parlanchines.

Era un lugar que invitaba a quedarse para siempre, pescando carpas, atrapando conejos, buscando huevos de tortuga, tumbando papayas.

Sonrió al verlo, comprobó que no había un solo ser humano en diez kilómetros a la redonda, dejó en seco armas y botas y se introdujo en el agua del remanso, donde se dio el más largo y agradable baño de que había disfrutado en muchos años.

Restregó luego con fuerza la camisa en vano intento de despojarla, sin ayuda de jabón, de la mugre de meses, y cuando se dispuso a colgarla de una rama para continuar la tarea con los pantalones, alzó el rostro y advirtió que un escalofrío le recorría la espalda.

Allí, en la orilla, erguido sobre sus armas y sus botas, mostrando los afilados colmillos, sin ladrar, pero con un corto gruñido naciéndole de lo más profundo de la garganta, le aguardaba el Perro.

Tardó en reaccionar, desconcertado, y su primer impulso fue echarse instintivamente atrás, a lo más profundo del río, buscando la protección del agua y la distancia. Luego nadó hasta la margen opuesta muy despacio, y ya en ella salió a tierra y observó directamente al animal.

Se miraron a los ojos como dos gladiadores que calculan sus fuerzas.

—¿Así que no estás muerto? —le gritó.

Le contestó un corto ladrido, seco y furioso.

Agitó la cabeza y sonrió levemente:

—Mal enemigo me he buscado —murmuró. Lo miró otra vez y agitó los brazos llamando su atención—. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Voy yo o vienes tú?

El animal pareció comprender la pregunta, porque depuso su actitud. Se inclinó sobre las armas, las olfateó un instante, y luego, cuidadosamente, se



colocó en la boca la correa del fusil, aferró con los dientes la culata de la pistola, y dando media vuelta, desapareció en la espesura.

El Hombre le vio hacer, realmente admirado:

—Me parece que este bicho me va a dar más problemas de lo que imaginaba —comentó en voz alta—. ¡Es listo el maldito!

Tomó asiento en un tronco, decidido a esperar los acontecimientos, sin atreverse a cruzar el río e intentar recuperar sus botas, ignorante de si el animal le aguardaba o no escondido en la otra orilla.

A los diez minutos, el Perro surgió en el mismo punto. Olisqueó las botas, y con un gesto despectivo las lanzó al agua una tras otra y observó cómo se iban hundiendo a medida que se las llevaba la corriente.

El Hombre renegó, fastidiado:

—¡Mira qué gracia has hecho! —le gritó—. ¿Me estás jodiendo mucho tú, eh?

El animal se limitó a mirarle. Luego, se introdujo lentamente en el agua y comenzó a nadar hacia él.

Se irguió de un salto y buscó a su alrededor una gruesa piedra o una estaca, pero la alta orilla de limo blando no ofrecía arma alguna que pudiera servirle de defensa, y al comprobar que su enemigo se encontraba ya a mitad de corriente, comprendió el peligro y echó a correr, tropezando, río abajo.

El Perro continuó su nadar sin prisas, tocó tierra, se sacudió un instante y se lanzó en silencio, decidido, tras su presa, que no le llevaba más de cien metros de distancia.

Pronto quedó claro que el animal era más rápido. El fugitivo también lo comprendió, porque cuando no más de una decena de metros le separaban de su perseguidor, dio un salto en el aire y se tiró al agua de cabeza.

El Perro saltó tras él.

Pero en el agua el Hombre tenía ventaja, y se alejó a grandes brazadas, ayudado por la corriente.

La bestia lo entendió a los pocos instantes, porque se apresuró a buscar la margen izquierda y por ella corrió velozmente hasta colocarse de nuevo a la altura del Hombre, al que siguió de ese modo, atento a cada uno de sus gestos.

Cuando el Hombre lo advirtió, nadó hacia la orilla opuesta, pisó tierra y se dejó caer, jadeando, sobre la hierba.

Se observaron de nuevo, de lado a lado del río.

—¡Bien! —comentó en voz alta cuando se hubo tranquilizado—. Podemos pasarnos la vida en este juego.

El animal también se encontraba fatigado se echó cuan largo era, con los ojos fijos en su enemigo y permanecieron así, como si buscaran una salida al atolladero.

El Hombre se alzó, luego estudió el terreno a sus espaldas y consideró arriesgado aventurarse lejos del río, donde no encontraría protección alguna.

—Puedo subirme a un árbol —murmuró para sí—. Pero este hijo de puta es capaz de quedarse esperando hasta que caiga como un coco maduro... el agua es, de momento, mi única defensa...

Echó a andar sin prisas, y casi inmediatamente la bestia se alzó e inició la marcha, paralelo a él, río abajo.

No pudo evitar una sonrisa, y le dirigió la palabra convencido de que le entendería:

—Estás dispuesto a vengarte. ¿No es cierto...? Quieres acabar conmigo, sea como sea y no puedes admitir que tu amo era un maldito hijo de puta asesino.

Marchaban al mismo ritmo, ambos muy junto al agua, y quien los hubiera visto se habría asombrado de tan extraña pareja, en la que el hombre discursaba como si hablara a una persona, y el animal continuaba con la cabeza inclinada, sordo y mudo, pero sin perderle de vista un solo instante.

—¿Por qué no intentamos ser amigos, tú y yo...? ¿Eh? Yo sabría ser un buen amo para ti... Me gustas... ¡En serio que me gustas! Tienes clase, y está comprobado que también eres valiente, inteligente y fiel...

Tomó una rama caída y la lanzó a través del río, al agua, cerca del Perro.

—Lo pasaríamos bien juntos... al fin y al cabo, tu amo ya está muerto y no va a resucitar. —Hizo una pausa—. ¿Que yo lo maté? Él se lo buscó. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Se detuvo y lo miró de frente. El otro le imitó.

—¿Me creerás si te digo que nunca había matado a nadie? —añadió—. ¡Te lo juro! Ni volvería a hacerlo nunca... Yo soy un tipo pacífico y tranquilo, pero hay cosas que un ser humano no puede aguantar. —Reinició la caminata—. Tú tampoco lo aguantarías probablemente. —Hizo una pausa, y ahora hablando para sí mismo, con convencimiento—. Hay algo que se llama dignidad y respeto y justicia... —alzó la cabeza—. Muriel no quería que me metiera en esto... ¡Estás loco! —me dijo—. Acabarás mal, como todos. El Presidente Anaya es demasiado poderoso, y si nadie ha logrado derribarlo en quince años, ¿por qué vas a lograrlo tú?

Siguió hablando. El Perro se había ido retrasando, y cuando comprendió que se encontraba demasiado enfrascado en su charla y no le observaba, se echó al agua y comenzó a nadar sin ruido, cruzando el río directamente hacia su espalda mientras él seguía su camino atento a su cháchara y ajeno al peligro.

—Fue una estúpida presunción por mi parte, estoy de acuerdo —decía en ese instante—. Pero uno siempre cree que puede evitar los errores que otros cometieron... ¡Mentira! No somos más listos que los demás, te lo aseguro... Ni yo, ni nadie...

Se volvió a mirarlo, y reparó en su ausencia. Lo buscó, alarmado, y lo descubrió cuando ya estaba a punto de poner el pie en tierra, a no más de cinco metros.

Se lanzó de cabeza al río y lo atravesó todo lo aprisa que pudo. Desde el otro lado, aún chorreante, se volvió airado hacia el animal, que se había quedado muy quieto. Levantó el brazo, furioso, y le increpó malhumorado:

—¡Eso es traición, y nunca lo hubiera esperado de ti! —le gritó—. Creí que eras un animal noble, incapaz de jugar sucio... Si vamos con trucos, yo también sé algunos... ¿Entendido?

El Perro se limitó a mostrarle los dientes y emitir un sordo gruñido de odio. Los pelos del cuello se le erizaron, el morro se le contrajo y sus ojos brillaron más fieramente que nunca. Toda su expresión denotaba que, para él, aquello no era un juego y no admitía ninguna clase de tregua ni ningún tipo de entendimiento.

Lo comprendió así, y, furioso, buscó a su alrededor hasta encontrar una gruesa piedra, que le lanzó con todas sus fuerzas.

—¡Está bien! —aceptó—. Si la cosa es a muerte, será a muerte.

La noche les sorprendió en el mismo punto, uno a cada lado del río, y a medida que las sombras se cernían sobre ellos y se iba haciendo más y más difícil distinguir la silueta del animal, el Hombre se fue preocupando, temeroso como estaba de que, al amparo de las tinieblas, la bestia le atacara por sorpresa.

—Si me duermo, estoy muerto —murmuró—. Y aun despierto tengo pocas posibilidades de salir con vida si me enfrento a esa bestia...

Desgajó de un árbol la rama más gruesa que pudo conseguir y la blandió en el aire, pero en su fuero interno estaba convencido de que no le bastaba para defenderse de la fiera.

—Ya la golpeé una vez, y no me tiene miedo... O poco le conozco, o está decidido a dejarse la vida con tal de liquidarme...

Tomó asiento contra el tronco de un grueso roble y se dispuso a esperar, con los ojos fijos en la otra orilla, forzando la vista a medida que aumentaba la oscuridad.

Por fortuna, primero las estrellas y luego una tímida luna, acudieron en su ayuda, y su leve resplandor le permitió columbrar la confusa mancha oscura de la bestia, tan quieta, que se la creería muerta o dormida.

Sabía que no podía fiarse, y aquella inmovilidad no era más que un truco del animal que tal vez estuviera, en efecto, descansando, pero que con la capacidad de dormir y velar al mismo tiempo de los de su especie, podía lanzarse al ataque en el instante en que descuidase su vigilancia.

Luchando con el sueño, se preguntó a sí mismo qué diablos hacía él allí, fugitivo de los hombres, acosado por un perro enloquecido, comido de mosquitos y sin poder pegar un ojo tras un largo día de sol, carreras y sustos.

Recordó con nostalgia su pequeño despacho abarrotado de papeles, donde aún le aguardaba el inconcluso manuscrito de su magno estudio sobre arqueología precolombina de las tribus caribes, y trató de escudriñar en su mente, en vano

intento de descubrir cuándo comenzó exactamente a desinteresarse del pasado remoto de su pueblo, para comenzar a preocuparse por su próximo futuro.

Le resultaba imposible encontrar una fecha exacta, un acontecimiento importante, incluso una charla significativa que marcara ese inicio.

Paulatinamente, sin él mismo darse cuenta, había comenzado a desarrollar una conciencia política cuyos gérmenes, quizás, habían dormido siempre en lo más profundo de su alma. La injusticia y la arbitrariedad de un hombre que cada cinco años se reelegía a sí mismo para gobernar el país por el sencillo método de declarar fuera de la ley a la oposición y encarcelar o asesinar a sus enemigos, socavó su indiferencia; sacudió su apatía; sacó a flote principios que permanecían enquistados.

—Si todos permanecemos callados; si consentimos que haga lo que le da la gana, acabará esclavizándonos... —dijo.

—Pero ¿no comprendes que resulta inútil luchar contra eso? —había respondido ella—. Nuestros países están condenados históricamente, ¡racialmente!, a soportar a esa clase de tiranos... Son como una dolencia crónica; una gripe, unas fiebres intestinales... Nada se consigue con cambiar a un Anaya, un Trujillo, un Somoza o un Pérez Jiménez... Hay que cambiar la psicología toda del pueblo, nuestra increíble capacidad de ser injustos y de permitir que sean injustos con nosotros... Es una batalla perdida...

—Bien —admitió—. Digamos que quiero empezar a cambiar esa capacidad de que sean injustos conmigo... Quiero que cada cinco años me den la oportunidad de remplazar a los que me gobiernan si no lo están haciendo bien... Quiero ejercer algún derecho, ya que son tantas mis obligaciones.

—No es ésa una teoría política muy brillante.

—Estoy de acuerdo, pero es más de lo que he tenido hasta ahora...

Más tarde, con el tiempo, fue evolucionando. Fue conociendo a otros descontentos que sí tenían teorías políticas importantes y que le fueron reafirmando en aquella primera idea que se reducía a una simple búsqueda de la libertad.

Los petroglifos, las excavaciones y las vasijas de barro dejaron de ser importantes, y pasó ahora más tiempo en cuartuchos atestados, respirando un humo denso que se pegaba al pelo y a la ropa, que en los viejos montes y las oscuras cuevas que constituían antaño toda su vida de buscador incansable.

Se adentró paso a paso por el mundo de la intriga, y fue el primer sorprendido al advertir que tenía dotes de mando; que su criterio era a menudo el más justo, y que otros con más experiencia en los avatares políticos le aceptaban como un dirigente nato, un sensato organizador capaz de poner orden donde antes sólo había caos.

En menos de un año, Aristides Ungría —Ari para sus amigos— fungió de líder, y en menos de otro, Aristides Ungría —Ari para sus enemigos— acabó con

sus huesos en un campo de forzados, condenado a veinte años de trabajos por « Conspiración contra el Estado » .

Durante largos meses aún mantuvo vivo el fuego de sus ideales y el convencimiento de que aquella no era más que una etapa triste de su vida, a la que seguirían tiempos de gloria. Pero los días son muy largos picando piedra al borde de un camino del último confin del mundo, y las noches muy vacías, encadenado a otros treinta presos en un barracón hediondo y asfixiante.

Las cartas de amor comienzan a espaciarse; los paquetes de comida desaparecen en manos de los vigilantes, y de pronto, una tarde, se descubre que a nadie le importa nada el destino de aquellos que quisieron luchar por un futuro mejor para su patria.

Los campos de concentración, las cárceles y los cementerios, están repletos de seres que se preguntan por qué diablos se emperaron en sacrificarse por un mundo de tan mala memoria, y sentado allí, al borde del río, muerto de sueño y sin poder dormir, Aristides Ungria —Ari para amigos y enemigos— sonrió con amargura al comprender que, en realidad, era uno de ellos.

—Abigail Anaya —comentó en voz alta—. Quédate tranquilo, que si salgo de ésta, no querré volver a saber de ti, y de tanto hijo de puta disfrazado... No hay nadie en este país que se merezca que me pase un solo día más picando piedra...

Le despertó un ligero rumor, y la sensación de peligro le alertó al instante.

Lo buscó en la otra orilla, y ya no estaba; tan sólo un levisimo agitarse del agua en el centro de la corriente le reveló su posición exacta.

Una pequeña nube había ocultado la luna, desdibujando los contornos del río y de los árboles, y comprendió que el momento que había escogido para echarse al agua era perfecto, y probablemente había estado aguardando esa nube toda la noche.

No le importó mucho, y dejó que se alejara corriente abajo sin apresurarse en perseguirlo. Ya había comprendido que en el agua el Hombre le aventajaba y debía buscar la forma de apartarlo de ella.

De algo estaba seguro: no podía pasarse el resto de su vida junto al río, y por su parte no tenía prisa.

La experiencia y su instinto le dictaban que aquel hombre era inteligente. Mucho más que él, sin duda alguna, y los humanos contaban, además, con infinidad de recursos que le estaban negados, como aquel de las armas de fuego que su amo le había enseñado, desde cachorro, a respetar sobre todas las cosas.

Los hombres le parecieron siempre seres superiores, y por eso aceptó que uno de ellos fuera su dueño y le obedeció ciegamente, sin dudar ni un solo momento sobre su mayor claridad de criterio. Pero, del mismo modo, el tiempo le había enseñado que los hombres no saben ser pacientes, ni tenaces, y que su

memoria es frágil, y que jamás aprenden nada de los errores que cometen, y siempre recaen estúpidamente en ellos.

Él quizá no supiera mucho sobre el mundo de los hombres, pero sí comenzaba a saber bastante acerca del hombre que tenía enfrente: su enemigo.

Era listo, pero también era imprudente; era valiente, pero le temía a la muerte, y, sobre todo, le temía a la muerte ajena, porque —habiendo vencido— les dejó a él y a su amo vivos, sin tener presente que nadie está totalmente derrotado hasta que se lo han comido los gusanos.

Aún tenía en el lomo la cicatriz de aquella lección tan duramente aprendida. Entre cuatro acosaron a un jaguar, y su amo lo derribó de un balazo en el pecho. Se aproximó a disfrutar de la victoria, y el maldito gato aún tuvo tiempo de lanzarle un zarpazo que se llevó piel y carne por delante. En su cerebro quedó y una marca para siempre: sólo es seguro lo que está muerto.

Mas esas cosas carecían de significado para los humanos, y él lo sabía. Tenían demasiada prisa por hacerlo todo, y nunca se preocupaban de los detalles. Por eso, a menudo los había visto tener que repetir un trabajo, y repetirlo mal.

Ahora, tumbado allí, con los ojos abiertos a la noche, observaba, paciente, cómo su enemigo se alejaba en silencio, y calculó que si no se movía, si le permitía creer que lo había engañado, pronto cobraría confianza, no sería capaz de sacrificarse pasando demasiado tiempo en el agua, y saltaría a tierra precisamente en la orilla en que se encontraba antes.

Por ello, cuando lo supo lejos, se introdujo a su vez en el agua, cruzó el río y se lanzó rápidamente y en silencio en persecución del fugitivo, al que pronto dio alcance.

Oculto entre la maleza lo vio pasar, nadando ahora a grandes brazadas, volviendo de tanto en tanto la cabeza para buscarlo en la margen opuesta, cada vez más fatigado y jadeante.

Y cuando, como había calculado, se cansó de estar en remojo y se consideró a salvo, se aproximó a la orilla y puso el pie en tierra exactamente en el punto en que él le estaba aguardando.

Quizá fue un gesto involuntario del otro al tratar de echarse el cabello hacia atrás; quizás, una rapidísima defensa instintiva al cubrirse el cuello en el momento de ver llegar la sombra que ya volaba por el aire; quizá, puramente mala suerte, pero lo cierto fue que su bien medido salto resultó fallido, y en lugar de encontrarse con la garganta entre los colmillos, decidido a cercenar de un solo golpe la yugular, se encontró un brazo sobre el que sus mandíbulas se cerraron con la fuerza de una trampa.

Su mismo impulso los lanzó a ambos al agua, y allí se debatieron desesperadamente durante largo rato, y tan sólo cuando advirtió que el otro le arrastraba al fondo del río, que el aire le faltaba y que sus pulmones estaban a punto de estallar, se decidió a soltar su presa y patear ansioso buscando la

superficie.

Nunca se había encontrado tan cerca de la muerte, y tosió y estornudó furioso, y tuvo al fin que arrastrarse como pudo hasta la orilla, donde se dejó caer, aturdido y confuso.

## VI

Tardó en recobrase de su aturdimiento, y más aún tardó en comprender que continuaba milagrosamente vivo.

El agua corría ahora a sus pies, mansamente, pero por un instante llegó a temer que nunca saldría de allá abajo, y que la maldita bestia continuaría clavándole los colmillos en el hueso hasta que ambos se ahogaran irremediabilmente.

—Unos segundos más, y no la cuento —dijo.

Se observó el brazo, desgarrado y sangrante, y advirtió que comenzaba a dolerle en serio, ahora que la excitación del momento había pasado. Cerca de la muñeca se alcanzaba a ver el hueso, y la carne aparecía abierta, con la piel colgante y la sangre manando a chorros.

Dirigió una corta ojeada intranquila al animal, que tosía y escupía allá enfrente:

—¡Casi lo consigues, coño de tu madre! —le gritó—. Y casi consigo ahogarte... —Le mostró el brazo—. ¿Estás satisfecho? A poco me dejas manco.

Arrancó una de las mangas de su camisa de presidiario, y como pudo se la anudó en torno a la herida en un tosco y casi inútil vendaje.

—Espero que lo que tenga es ira y no rabia —masculló—. Si me agarra la garganta, me arranca la cabeza... ¡Maldito animal!

Amaneció, y por primera vez tuvo tiempo de echar una ojeada a su alrededor. Suspiró entre preocupado y satisfecho cuando distinguió allá, muy lejos aún, río abajo, una tosca cabaña que se alzaba en una especie de cortada sobre el río.

—Tendré que decidirme a pedir ayuda —comentó—. Empiezo a creer que hasta el mismísimo Abigail Anaya me parece bueno si logra quitarme de encima esta fiera.

Emprendió tranquilamente la marcha, agotado por el cansancio, el hambre, la falta de sueño y la pérdida de sangre. Podría pensarse que en el transcurso de veinticuatro horas, desde que llegó por primera vez a la orilla de aquel maldito río y el Perro lo alcanzó, había envejecido diez años.

Encorvado, vacilante, con los pies llagados de andar descalzo, el brazo en cabestrillo y la cabeza gacha, se abrió paso por entre la maleza, rumbo a la casa,



sin apartarse nunca de la protección del agua, volviéndose de tanto en tanto a comprobar que el animal le seguía del otro lado, con el mismo aspecto de cansancio y derrota, pero inquebrantable en su decisión de matarle.

Tardó casi tres horas en alcanzar la choza y se detuvo, alarmado, cuando dos furiosos mastines le salieron al paso ladrando escandalosamente mostrando amenazantes los colmillos.

Retrocedió lentamente hacia el agua hasta que, junto a la puerta de la casa, apareció una mujer que le observó sorprendida.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿Quién es usted?

—Necesito ayuda, señora... —replicó sin perder de vista a las bestias—. Estoy herido... Por favor... ¿podría calmar a los animales?

—¡Niño! ¡Perla! Vengan acá...

Los mastines obedecieron al instante, y se aproximaron sumisos y en silencio, buscando refugio a sus pies. Avanzó más tranquilo, y apartó el vendaje mostrando su herida.

—¡Dios Santo! —exclamó la mujer—. ¿Qué le pasó?...

Se volvió y, con un gesto de la cabeza, señaló hacia el Perro que les observaba, muy quieto, desde la otra orilla, a unos doscientos metros.

—Me mordió...

La mujer dio un paso atrás, preocupada.

—¿No estará rabioso...? El «mal», en esta parte del país, no tiene cura... No hay hospitales cerca...

—No, puede estar tranquila. Sólo me persigue... Quiere matarme.

Pareció reparar entonces en su uniforme de presidiario, dudó un instante, pero los mastines parecieron darle confianza y le franqueó la entrada.

—Pase. Veré qué puedo hacer por usted.

Era muy alta, de huesos grandes y fuerte complexión. Facciones bastas pero con una cierta nobleza en los gestos, hermosos ojos oscuros, una piel que hablaba de sus antepasados negros y un pelo largo y lacio de su ascendencia india. Rondaría los cuarenta, pero aún conservaba cierta vivacidad y juventud en sus gestos, y sus enormes manos callosas delataban trabajos muy duros, y toda una vida de lavar ropa a la orilla del río.

—No tengo más que ron como desinfectante —advirtió.

—Mejor eso que nada.

—Beba un trago antes.

Obedeció, sintiendo que le quemaba la garganta y las entrañas, y tuvo que apretar los dientes y hacer un sobrehumano esfuerzo para evitar un alarido cuando le volcó el resto de la botella sobre la herida.

Lo vendó luego con un paño limpio, le colgó el brazo en cabestrillo y se sentó frente a él, al otro lado de la tosca mesa.

—Es todo lo que se me ocurre —dijo—. ¿Tiene hambre? —Sonrió ante el

rápido gesto de asentimiento, y comenzó a trastear en la pequeña cocina de barro y leña—. En un momento le preparo algo...

—Gracias...

Al hablar de nuevo lo hizo de espaldas, evitando mirarle para no descubrir si mentía, afanada entre ollas y potes:

—¿Por qué lo metieron preso?

—Política... No me gusta Anaya...

—Son muchos...

De improviso se volvió y lo miró de frente, con detenimiento. Chasqueó la lengua.

—Ya me decía yo que tenía vista su cara. Mi marido me enseñó una vez su foto... él sabe leer —añadió, orgullosa—. Usted es... Julio Castrejo, el líder campesino.

Sonrió sin poder evitarlo:

—No. Castrejo era mucho más viejo que yo, y ya murió... Lo fusilaron hace tres años...

—¡Lástima! Gran tipo ese Castrejo... Mi marido siempre hablaba de él, y mi hijo mayor quería unirse a su guerrilla. Tuve que darle una paliza.

—¿Dónde están ahora?

—Por esos montes de Dios, persiguiendo vacas serreras y cuatrerros hijos de puta... Se roban el ganado, y luego el patrón la toma con nosotros...

—¿No es suya esta tierra?

—¿Nuestra...? Ni la silla que calienta... Esto es todo del coronel Cedilla...

—¿Cedilla? ¿El Comandante de la Policía Estatal?

—Ése... El «Compralotodo» ... Dicen que se pone histérico cuando hay algo que no le pertenece...

Concluyó su faena, llenó hasta los bordes un plato de barro, y lo colocó ante él, que comenzó a devorarlo ansiosamente. Le sirvió agua, y luego se asomó a la puerta, atraída por el escándalo de los mastines, que habían reiniciado su algarabía de ladridos.

Se volvió hacia dentro.

—Ese perro amigo suyo ha cruzado el río...

Se puso en pie de un salto, alarmado:

—¿Tiene un arma?

Le observó con sorpresa:

—No. Ninguna... ¿Tanto miedo le tiene?

—Es una fiera... No parará hasta matarme...

—¿Por qué?

—Cuando escapaba, maté a su amo; un guardián...

—¡Vaya...! Bueno... Mis animales lo alejarán... ¡Niño! ¡Perla! ¡Vayan por él!...

Los mastines no esperaban más que la orden, porque se lanzaron de un salto hacia delante, a la busca del Perro, que al verlos venir pareció estudiar sus probabilidades de triunfo. Calculó su posición, de espaldas al río y en espacio abierto y, por fin, con un giro brusco, dio media vuelta y salió huyendo. La mujer sonrió:

—Ésos lo corren hasta la montaña.

Volvió dentro, vio que el plato ya estaba vacío y lo llenó de nuevo. Al colocarlo sobre la mesa, se inclinó, sus pechos grandes y aún atractivos quedaron a la vista, y captó la larga mirada que él les dirigía. Cuando sus ojos se encontraron, el hombre pareció avergonzarse.

—Lo siento —se disculpó—. Perdone...

—No hay de qué... ¿Cuánto tiempo lleva sin ver a una mujer?

—Cinco años...

—¡Dios bendito...! No se le debe hacer eso a un hombre. Con razón se vuelven fieras...

Le observó mientras comía, guardó silencio un instante y al fin preguntó:

—¿Qué ocurrirá si lo agarran?

Se llevó la mano al cuello en ademán de degüello.

—Maté a un vigilante.

Él concluyó de comer, se recostó en la pared y se observaron en silencio.

La vio venir, grande, fuerte, impetuosa, y se esforzó por conservar la calma y recordar cuanto había aprendido en situaciones semejantes.

El lugar era bueno, con la espalda contra la pared, protegido su flanco izquierdo por una cortadura del terreno, y había logrado lo que se propuso desde un principio: distanciarlos; conseguir que las acometidas vinieran por separado, aunque fuera tan sólo cuestión de un instante.

Lo peor era tenerlos a los dos enfrente, ladrándole y acoplándose para saltarle a un tiempo, pero ahora, ella —sin duda la madre— le saltaría encima antes de que el macho, más pequeño e inexperto, los alcanzara.

La vio venir, aguardó tranquilo y en el último momento quebró el cuerpo, se echó a un lado y dejó que pasara de largo y fuera a estrellarse contra el terraplén. Sin darle tiempo a recuperarse del aturdimiento, se precipitó en avalancha contra el macho que llegaba en ese instante y que no tuvo tiempo de salir de su sorpresa al encontrarse de atacante en atacado.

Quiso frenar su ímpetu, pero el segundo que duró su desconcierto sobró a su enemigo para atraparle la garganta, cerrar sus poderosas mandíbulas y voltearlo en el aire, muerto antes de caer al suelo.

El Perro se volvió ahora a la madre y se estudiaron. En cualquier otra circunstancia, nunca la hubiera atacado, y ni aun se hubiera atrevido a hacer

frente a una hembra. Iba contra su instinto y sus costumbres, pero ella estaba allí, intentando interponerse entre él y el Hombre, y eso era algo que no iba a consentir a nadie, porque su amo le había dado una orden: « ¡Mátalo! », y aún no la había cumplido.

Gruñeron al unísono, y ella avanzó despacio a olisquear el cadáver de *Niño*. Lanzó un corto lamento y se diría que aún no acababa de abrirse paso en su mente la idea de que lo habían matado en tan corto espacio de tiempo. Cuando se volvió a mirarlo, podría creerse que en sus ojos había una cierta mezcla de odio, miedo y admiración. Un animal que decide una pelea tan limpiamente, no era un animal cualquiera.

Se enseñaron los dientes. En ella era amenaza; en él, advertencia. *Perla* dudó, pero al fin su furia pudo más que su prudencia, y tiró la primera dentellada.

Sus colmillos encontraron el aire, y su paletilla izquierda encontró los colmillos del Perro, que agitó la cabeza, desgarrando la carne, y se apartó luego velozmente, antes de que ella pudiera repetir el intento.

Se estudiaron de nuevo y sintió lástima. No era más que una pobre perra campesina, buena para perseguir conejos y venados. Nunca había tenido un amo especializado en enseñar animales, ni había pasado por un duro entrenamiento en la Escuela de Perros Policias. Era simple, instintiva y sin malicia, y su enorme cuerpo y su fiero aspecto no le servirían de nada en una lucha como aquélla.

Recordó a su amo cuando le ordenaba: « ¡Amaga! ¡Esquiva! ¡Ataca ahora! ¡Échate a un lado...! », y comprendió que se sentiría orgulloso si pudiera comprobar hasta qué punto había asimilado sus lecciones.

La perra estaba ahora furiosa, fuera de sí, y eso la colocaba en mayor desventaja. Atacó de nuevo ciegame, con los ojos inyectados en sangre, y con un nuevo quiebro esquivó sus mandíbulas y le atrapó la pata trasera, que le quebró de una sola dentellada.

Luego la dejó marchar, cojeando, aullando de dolor y llorando de miedo, a buscar refugio bajo las faldas de su ama.

Saltó de la cama, desnuda como estaba, y corrió, con los grandes pechos balanceándose, a abrir la puerta, ante la que *Perla* gimoteaba.

Se inclinó sobre ella; horrorizada, temblorosa e incrédula, y acarició compasiva el maltrecho cuerpo sangrante.

Luego su vista recayó en el Perro, que a no más de cien metros, la observaba altivo, desafiante y con la boca aún roja de sangre.

—¡Ese animal es una fiera loca! —comentó—. Entra, pequeña. ¡Entra!

La arrastró como pudo al centro de la estancia y buscó trapos y agua con los que curarle las heridas.

El Hombre, desnudo también, acudió en su ayuda, y aunque no servía de mucho con tan sólo un brazo, hizo lo que pudo.

—Lo lamento —se disculpó—. Debí advertirle que no es un perro

cualquiera...

Fuera resonó un ladrido corto y seco, como una llamada. Se asomaron a la ventana y lo vieron allí, a no más de tres metros de la casa, feroz y desafiante, retador y pendenciero.

—Le creo capaz de tumbarme abajo el rancho —comentó ella—. Si al menos tuviéramos un machete de cortar caña... Pero se lo llevó mi marido al monte.

—¿Cuchillo...?

—El de la cocina... Poca cosa para esa fiera, y menos con su brazo inútil...

—Siento haberla metido en esto... Será mejor que me vaya...

—¿A dónde, hombre de Dios? Si pone el pie fuera, ese bicho lo mata...

—Me basta con llegar al río. En el agua estoy a salvo...

—No puede pasarse todo el tiempo en remejo. —Súbitamente pareció tener una idea—. Entre aquellos matorrales esconde mi hijo su curiara... —señaló—. ¡Llévesela! Río abajo encontrará un pueblito. Sebastián, el dueño de la taberna luchó con la guerrilla de Castrejo. Él le esconderá. Entréguele la embarcación, y ya iremos a buscarla.

—No quisiera causarle más molestias...

—¡Bueno, m'hijo...! —rió—. ¿Ahora somos amantes, no? El único que he tenido en veinte años... Es lo menos que se puede hacer por un amante.

Y le acarició el lacio cabello, y se encaminó a la gran cama de hierro. Comenzó a vestirse, pero ella le interrumpió con un gesto y le lanzó un remendado par de pantalones.

—Tire ese uniforme. Le denuncia a una milla... Lo que no tengo es calzado... Ya sabe: aquí la gente pobre va «pata en el suelo».

Concluyó de abrocharse los pantalones, sujetándoselos con la misma cuerda que le servía de cinturón al uniforme, y cuando se consideró dispuesto, se asomó a la ventana y observó al Perro.

—Distráigalo un momento, mientras yo salto por atrás —pidió—. Si me alcanza antes de tirarme al agua, me jode...

Lo besó con afecto en la frente:

—Suerte, hijo...

—¡Gracias por todo!

—¡Eh, bicho! Ven acá, bicho piojoso, animal de mierda. ¡Pulguinto garrapatoso!

Abrió el ventanuco, saltó fuera y corrió enloquecido hacia el agua. A los pocos instantes sintió a sus espaldas el jadear de la bestia; por un momento se sintió perdido, pero sacando sus últimas fuerzas de donde no las tenía, dio las últimas zancadas y se tiró de cabeza al río.

Volvió sobre sus pasos, se detuvo ante la cabaña y observó unos instantes a la mujer, que continuaba en la ventana, siguiendo atenta todas las incidencias de la persecución.

Sabía que su enemigo estaba momentáneamente a salvo en el río, pero se sentía satisfecho de haberle obligado a salir de la casa, donde él no hubiera logrado entrar.

Experimentaba un extraño respeto o temor hacia las casas. Nunca le gustaron, y odiaba verse encerrado entre cuatro paredes, bajo un techo que en cualquier momento podía venirse encima, abrumado de extraños olores, sin aire para respirar ni espacio para moverse.

Ni aun a la casa de su amo había logrado acostumbrarse, y prefería dormir siempre fuera, bajo la ventana, desde donde escuchaba su respiración o sus ronquidos, pero donde, al mismo tiempo, nada le atosigaba.

Allí hacía fresco, el porche le protegía de la lluvia, y cuando no tenía sueño paseaba sin que nadie le riñera por moverse.

Ahora contempló la cabaña, aspiró los olores ofensivos a su olfato, estudió su construcción basta y rudimentaria. Y paseó la vista, casi sin verla, sobre la mujer que le insultaba.

Sus ojos repararon al fin en lo que le interesaba, un frágil enrejado adosado a uno de los costados, donde cacareaban media docena de gallinas histéricas.

Se aproximó despacio y lo estudió. Había una puerta de malla metálica y marco de madera, y una tranca simple que giraba sobre sí misma y ajustaba a un pestillo.

El cacareo aumentó hasta convertirse en un auténtico pandemónium cuando las cagonas le vieron hurgar la puerta, y la mujer chilló con más fuerza e incluso le arrojó un par de objetos que no llegaron a alcanzarle. Enseñó los dientes, amenazador, y luego, con la pata, abrió el hueco justo para su cuerpo, se introdujo dentro y se lanzó, hambriento y feliz, sobre las aves.

Sació su feroz apetito de todos aquellos días, se cubrió de sangre y plumas, y regresó a la orilla. Buscó al Hombre en la margen opuesta, pero se sorprendió al distinguirlo ya muy lejos, en el centro de la corriente, navegando lentamente sobre una liviana embarcación de madera que impulsaba dificultosamente con el único brazo que le quedaba sano.

Aquello era lo que más le admiraba y desconcertaba de los hombres; su capacidad de valerse de los objetos, e inventar a cada instante nuevas formas de defensa o ataque, lo que les proporcionaba una variedad tal de formas de lucha, que se consideraba incapaz de asimilarlas.

Un jaguar era siempre un jaguar, y sabía de antemano lo que podía esperarse de él y cuáles eran sus mañas. También eran lógicos los perros —

incluso los mastines— y los venados, los cunagueros y hasta los temidos cerdos salvajes que atacaban y se defendían en manada. Pero los hombres no; los hombres podían ser terriblemente débiles e indefensos en un momento dado, y volverse invencibles y terroríficos al siguiente, por el simple medio de conseguirse un arma de fuego, subirse a un vehículo rugiente o inventarse cualquier otro extraño artilugio, como aquel pedazo de madera hueco en el que ahora se perdía de vista río abajo.

Lanzó una última ojeada a la casa, le ladró a la mujer como en un postrero insulto despectivo, se lanzó al trote, acompasadamente, tras la pequeña curiara que transportaba a su enemigo.

## VII

La corriente fue ganando fuerza poco a poco, las márgenes aumentaron de altura, y el limo blando fue dejando paso a la lisa roca, de color pizarra, en que se distinguían claramente las marcas que dejaba el agua en las grandes crecidas de septiembre.

Agradeció el impulso que le evitaba el pesado esfuerzo de remar con una sola mano y se limitó ahora a manejar el canaleta a modo de timón.

Más tarde, de suave, la corriente se convirtió en impetuosa, y se encontró saltando sobre chorreras y raudales espumosos, a riesgo a cada instante de zozobrar, dificultado para maniobrar y poco práctico en semejante tipo de embarcación, en la que bastaba un simple balanceo para acabar con la quilla al aire.

—No me gustaría ahorrarle el trabajo a ese animal —masculló mientras se fatigaba esquivando rocas y bajíos—. Y sería bien pendejo ahogarme ahora, después de tantas calamidades.

Allá delante, una garganta estranguló el río, Las paredes se alzaron hasta casi cuarenta metros de altura, y, mientras cruzaba a toda velocidad la temible angostura, descubrió en lo alto, hierática y vigilante, la figura del Perro.

Luego, todo fue calma en un remanso de aguas profundas, y mientras se alejaba hacia las sombras del bosque, aún pudo volverse a observar cómo iba quedando atrás, empequeñeciéndose, la temible presencia.

—¡No me he ahogado, si es lo que esperabas! —gritó dirigiéndose a él como si pudiera oírle—. Aún voy a dar mucha guerra, bicho asqueroso...

Cayó la tarde, a la que siguió una vez más una noche suave y tibia, pero no abandonó la corriente, ayudándose ahora de tanto en tanto con cortas paladas, y una hora después, distinguió allá delante, al doblar un recodo, tímidas luces que prometían, al fin, presencia humana.

Se aproximó en silencio y estudió el lugar. La cuarta casa a la orilla del río lucía sobre la pequeña puerta un par de anuncios de bebidas refrescantes, y las escasas idas y venidas de la gente, entrando o saliendo de ella, le hicieron comprender que debía de tratarse del almacén-taberna que buscaba.

Aguardó hasta que el último parroquiano abandonó el local, encalló la curiara, se cercioró de que su enemigo no rondaba en las tinieblas y, aferrando



con fuerza el corto remo a modo de maza, se deslizó hasta la puerta y golpeó levemente.

Se le antojó que tardaban un siglo en abrirle, hasta que apareció un hombre esquelético y mugriento, de cabello muy blanco y ojos zarcos, que pareció sorprenderse por la presencia del desconocido.

—¿Qué busca?—farfulló casi ininteligiblemente.

—¿Es usted Sebastián?

—¿Sebastián? —repitió, como si eso le asombrara—. Yo me llamo Sebastián...

—Me dijeron que podría ayudarme... Ando fugitivo de las gentes de Anaya...

—¿Anaya...? —Se diría que nunca había oído el nombre, pero al fin reaccionó, abrió por completo la puerta y le franqueó la entrada—. Está bien... Pase.

La taberna-almacén aparecía, realmente, tan inmundada como su dueño. Mostrador desbastado y grasiento; estanterías con tres docenas de artículos baratos; una hilera de botellas y barricas sin etiqueta, y tres mesas desvencijadas, escoltadas por unas cuantas sillas igualmente ruinosas.

El viejo tomó asiento sobre un alto taburete al otro lado del mostrador, ante una botella de la que bebió a morro:

—Anaya... —dijo—. Mal bicho... Me arrancó todos los dientes... ¡Mire! —Mostró una boca totalmente desdentada. Y las uñas... Enseñó las manos, pero era tanta su mugre, que resultaba imposible averiguar si le quedaban o no restos de uñas—. ¡Mal bicho...! —Bebió un largo trago—. ¿Anda fugitivo? —repitió estúpidamente.

—Necesito descansar un par de días... Y llegar a la Capital.

—¿La Capital...? Una vez estuve en la Capital..., pero no me gustó... Me arrancaron los dientes y las uñas... ¡Mire! —Mostró de nuevo el triste espectáculo de su boca vacía—. ¡Mal bicho ese Anaya! El Presidente, ¿no?

—Sí. El Presidente. ¿Puedo esconderme aquí?

—¿Esconderte? —meditó con gran esfuerzo—. ¡Ah, sí! —Señaló una escalera de mano que subía hacia una trampa del techo—. Arriba... ¿Quiere un trago...?

Observó la botella baboseada, advirtió la mugre de la media docena de vasos cagados de moscas y negó con un gesto:

—No, gracias. Prefiero irme a dormir...

El otro no hizo gesto alguno, se enfrascó de nuevo en su botella, y se diría que había olvidado por completo su presencia.

Trepó por la escalerilla y abrió la trampa. Un tufo a humedad y moho le golpeó en el rostro, y por un instante se consideró incapaz de entrar allí y soportarlo. Dudó, se volvió al tabernero, que continuaba emborrachándose

concienzadamente, y al fin, comprendiendo que no le quedaba otra alternativa, se zambulló en las tinieblas del desván.

Tardó en acostumbrar los ojos a la oscuridad, y, la nariz, al hedor. Se mantuvo muy quieto hasta que una tenue claridad que se filtraba por dos ventanucos y las rendijas mal tapadas de la pared de madera le permitió distinguir aquí y allá las patatas puestas a secar, las pilas de sacos vacíos, las sillas rotas, las cajas de botellas, los aperos de labranza.

En un rincón descubrió una pequeña montaña de maíz, y sobre ella se tumbó, derrengado.

A los pocos instantes dormía como si no lo hubiera hecho nunca.

">Le despertaron voces infantiles y el relincho de un caballo.

Por primera vez en mucho tiempo se sintió realmente descansado; no le molestaba la herida; se encontraba de nuevo fuerte y ágil, lúcido y dispuesto a enfrentarse a todo.

Abandonó su escondrijo, se cercioró de que ningún peligro le acechaba y se dedicó a reconocer cuidadosamente el lugar, examinando con suma atención cada casa, cada callejuela, cada corral cada traspatio.

El pueblacho no era, en realidad, más que un caserío inmundo a la orilla del río. Chozas de adobe, madera y caña con techo de hojas de palma o láminas de cinc en el mejor de los casos; medio centenar de habitantes andrajosos; una plaza sembrada de basura, más cerdos, cabras y gallinas que personas.

Al fondo, el río; el resto, campo abierto, por el que llegaba un camino de tierra con pretensiones de carretera que sin duda se llevarían las aguas cada invierno.

Nada había, pues, que pudiera interesarle, salvo la cuarta casa de la orilla del río, aquella en que se ocultaba su enemigo, pues hasta ella le había llevado su rastro y de ella no había salido aún.

Avanzaba la mañana, y los chicuelos se bañaban en el río mientras algunas mujeres lavaban la ropa y otras entraban y salían de la taberna-almacén. Dentro, tres hombres bebían, y otro, un viejo desdentado, servía tras el mostrador, sin dejar de observarle con recelo. Incluso en una ocasión salió a la puerta y se le encaró abiertamente:

—¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí? ¡Fuera!

Olía a mierda, sudor y ron barato. Apeataba a demonios, pero entre todos sus olores, percibió, muy tenue, aquel otro que llevaba clavado en el cerebro: el olor del Hombre, de Él, de su Enemigo, a quien tenía orden de matar a toda costa; a quien su deseo de venganza y su odio le impulsaba a perseguir y aniquilar aunque intentara huir al fin del mundo.

Pero no mostró hostilidad alguna. No enseñó los dientes al viejo, no le ladró,

ni aun gruñó malhumorado. Se limitó a estudiarle y comprobar que no significaba peligro alguno. No era temible, ni nunca lo sería, y eso era algo que él sabía descubrir en cuanto veía a un hombre, porque los humanos emitían una especie de fluido que parecía ir gritando cómo eran y qué se podía esperar de ellos.

El valor, el miedo, la traición, la duda o la amistad, se traslucía en ellos con tanta claridad, que se maravillaba al comprobar cómo su amo trataba a otros hombres sin advertir sus defectos.

Él era cruel y brutal, y eso siempre lo supo, porque, además, lo sufrió en su propia carne; pero era valeroso, decidido y tenaz, y no se percibía en él ni un hábito de traición y cobardía.

Tampoco era cobarde ni traidor aquel a quien perseguía, y tal vez por eso pudo engañarle en una ocasión. Su aura, su fluido, transmitía, sin embargo, una profunda astucia, o quizá, más que astucia, aquel rasgo, intangible, aquella capacidad de razonar que tanto le admiraba de los humanos, y contra la cual no se sentía capacitado para luchar.

Había muchas cosas que le desconcertaban en ese enemigo. Había incluso bondad y un cierto sentimiento de amistad, y eso le enfurecía. Tenía que matarle; estaba decidido a ello, y, sin embargo, se diría que el otro no acababa de creérselo; imaginaba aún que podría escapar, de algún modo, a su destino.

Observó al viejo desdentado, que continuaba observándole a su vez. No tenía nada contra él. No tenía nada contra nadie, fuera de su Enemigo, y por ello dio media vuelta, buscó un rincón tranquilo desde el que dominaba la única puerta de salida de la taberna, y se tumbó a esperar.

Podrían pasar horas, días, semanas o meses. Él no era un hombre y, por tanto, el tiempo no contaba...

Le despertaron voces infantiles y el relincho de un caballo.

Permaneció inmóvil, contemplando el techo en el que se reflejaban las sombras de gente que transitaba por la calle, y jugueteó con el maíz que se le escurría entre los dedos, mientras sentía abajo la charla de las mujeres que compraban harina y aceite, o los hombres que pedían una cerveza o un trago de ron.

Decidió no moverse, seguro de que el frágil suelo de tablas y caña delataría su presencia, y así dejó pasar las horas, sin más ocupación que descansar su magullado cuerpo y hacer trabajar su confusa cabeza.

Trató de poner en orden sus ideas, lo que no había logrado desde el momento mismo en que emprendió aquella descabellada aventura. Aún no sabía exactamente cuál era su situación, y si se hallaba seguro o en peligro en aquella especie de desván hediondo.

El viejo desdentado, medio loco o borracho, le desconcertaba, y hubiera dado cualquier cosa por averiguar si su actitud de la noche antes se debía al exceso de ron, a la senilidad o a que los verdugos de Anaya lo habían idiotizado a golpes y torturas.

Había conocido muchos como él en los Campos y cárceles. No es que hubieran sufrido lavado de cerebro; era, simplemente, que los habían dejado tontos de tanto palo; tan embotados como un viejo boxeador sonado. En los primeros días también sufrió palizas semejantes, y también creyó que acabaría loco. Por fortuna, los verdugos de Anaya aún eran bastante primitivos y nunca llegaron a utilizar métodos modernos y sofisticados.

En manos de la CIA, los Boinas Verdes o las Policías de Brasil, Uruguay o Chile, el resultado habría sido muy distinto, y probablemente ahora no estaría allí contemplando un techo en el que se reflejaban sombras caprichosas.

Todo cuanto se refería a Abigail Anaya era como una vieja reliquia de otros tiempos; absurdo régimen fosilizado, perdido en la noche de la Segunda Guerra Mundial. Durante quince años ejerció la política del espadón y el decreto indiscutible, al estilo de los gorilas de la época, y luego, cuando asistió a la caída de Trujillo, Rojas Pinilla, Batista y Pérez Jiménez, optó por teñir de legalidad el oro de su corona; dictó una Constitución, implantó un Congreso de opereta y se proclamó Presidente reelegible indefinidamente mientras el Cielo le concediera vida y salud, y el pueblo no votara abiertamente en su contra.

Como los médicos le habían proporcionado vida y salud, y él no había proporcionado al pueblo oportunidad de votar abiertamente en su contra, allí seguía Abigail Anaya, trepado en su pedestal y aferrado a sistemas económicos, políticos y policiales de los tiempos de Hitler.

El resultado estaba a la vista: un país atrasado económicamente, apático políticamente, y asustado policialmente, en el que nunca podía saberse con certeza quién era amigo o enemigo, y quién, aun siendo amigo, estaba dispuesto a denunciar por miedo a verse implicado.

Cuando un sistema de gobierno lograba implantar en las nuevas generaciones el convencimiento de que nada se podía contra él, y cualquier acción estaba de antemano condenada al fracaso porque alguien la denunciaría, había dado el primer paso para asegurar su continuidad, castrar definitivamente la ideología de sus ciudadanos.

Quizá, con un poco de suerte, el viejo Sebastián no estuviera castrado, y si había soportado que le dejaran sin uñas y sin dientes, soportaría, también, saber que había un fugitivo escondido en su desván sin sentir la urgente necesidad de correr a denunciarlo.

«La traición nos llega siempre de quien menos esperamos, pues de lo contrario, ya no es traición, sino simple estupidez por nuestra parte», recordaba bien las palabras de su viejo maestro en el arte de la lucha política, que se

esforzaba constantemente por prevenirle contra su exceso de confianza. Más tarde se demostró que estaba en lo cierto, pues fue él mismo quien delató su escondrijos en cuanto le propinaron los primeros cogotazos.

Cuando un veterano luchador lleva años preparándose para el día que deba enfrentarse a una terrible tortura, suele suceder que —contra lo que se esperaba— no consigue en ese tiempo acorazar su alma y acerar su cuerpo contra las penalidades del martirio. Lo que logra es agrietarse interiormente dando rienda suelta a su fantasía, imaginando que todo es peor de lo que es en realidad, y ello trae como fruto que su resistencia se quiebre mucho más fácilmente que la de cualquier otro.

Como opinaban los expertos: « Más padece el que más tiempo e imaginación tiene, porque el hecho de pensar en lo que nos van a hacer sufrir, duele más que el sufrimiento en sí » .

El viejo maestro era un hombre imaginativo, no había duda. Lo atraparon y cantó. Probablemente también él habría cantado si hubiese tenido alguien importante a quien denunciar y si hubieran sabido torturarlo científicamente. Por fortuna, cayó en manos de chapuceros que se limitaron a sacudirle como a una estera hasta que se les cansó el brazo, incapaces de adivinar cuál era su punto débil, aquel que le haría confesar hasta la fecha de su primera masturbación.

Sonrió recordando los lejanos tiempos de su adolescencia, cuando todo su problema estribaba en encontrar una buena revista de señoritas atrevidas, o en acechar por el hueco que había practicado en la puerta del baño de la sirvienta... Su sonrisa se apagó luego, recordando los cinco años últimos, y los consejos de sus compañeros de barracón: « O lo haces, o acabarás enloqueciendo. Quizá no vuelvas a ver nunca a una mujer... » .

Pero siempre se negó a admitirlo, y en su fuero interno abrigaba el convencimiento de que algún día volvería a sentir un cuerpo tibio bajo el suyo; una piel suave entre sus muslos; un sudor ajeno sobre su propio sudor.

Y lo había logrado. El día antes lo había logrado y se sentía agradecido a aquella buena y ruda campesina, no por el hecho de entregársele y hacerle disfrutar por unos minutos de un placer olvidado, sino porque con su entrega, era como si hubiera roto un maleficio, y ahora tenía la seguridad de que lograría escapar y llegaría a tener tantas mujeres como antes.

¿Volvería a tener a Muriel?

Hacia casi un año que no recibía noticias suyas, y en realidad no había querido contestar nunca sus últimas cartas. Le parecía cruel obligarla a mantener una relación para la que no quedaba esperanza alguna, y no deseaba que ella la conservara por lástima.

Le había querido mucho, le constaba. Fue dulce, cariñosa, fiel y, con frecuencia, apasionada. Le hizo disfrutar de la época más feliz de su vida; la más intensa; la más digna de ser recordada, pero no supo apreciarlo, se metió en

política y lo echó todo a rodar. No tenía derecho a obligarla a sufrir las consecuencias de su estupidez, y por eso espació cada día más sus cartas hasta que, al fin, dejó por completo de escribir. Probablemente Muriel tenía ya su vida organizada, y hasta ese instante se había alegrado de que así fuese; pero ahora, al sentirse libre, al comenzar a abrigar la esperanza de retornar de nuevo a la vida, le hacía daño pensar en ello, imaginar que había otro hombre y le habían desplazado para siempre.

—Quizás aún pueda recuperarla —se dijo—. Quizá cinco años no basten para olvidar lo que hubo entre nosotros.

¡Cinco años!

¿Dónde estaban aquellos cinco años?

Era como si los hubiera echado al agua; como si no los hubiese vivido, porque vivir es ir llenando un saco de recuerdos, y de aquel tiempo no quedaba más recuerdo que la monotonía de días y días de picar piedra, abrasarse al sol y tragar polvo, y noches y noches de soledad, hambre, miseria.

Aquellos cinco años no existían, en ese mismo momento, allí, en la pequeña montaña de maíz, tomó la firme decisión de borrarlos de su existencia, hacerlos desaparecer por completo, obligar a que se esfumaran como por arte de magia.

—No volveré a pensar en ellos, ni a hablar de ellos, ni a contarlos. Desde este momento, no tengo ya cuarenta y tres años, sino treinta y ocho, y reanudaré la historia de mi vida allí donde quedó el día que me detuvieron. No voy a darle el gusto a Abigail Anaya de continuar jodiéndome el resto de mi vida a base de recuerdos. Ahora soy, libre, y lo soy incluso en mi pensamiento.

Sabía que era aquella una promesa absurda; que nadie puede dominar su mente hasta el punto de borrar por completo sus recuerdos, pero intentarlo significaba al menos una forma de luchar contra Abigail Anaya; la última que le quedaba, ahora que había decidido no volver a enfrentarse a él.

Prestó atención. Abajo, las voces habían cesado y sintió como la puerta se cerraba. Fuera, el sol caía a plomo, y en el pequeño cubículo el calor y la hediondez iban en aumento hasta alcanzar un límite insoportable. Comenzaba a sentirse realmente incómodo, cuando advirtió que la trampilla del suelo se abría y la cabeza del viejo desdentado asomaba un segundo.

—Puede bajar.

Se precipitó hacia la escalera, y apenas puso el pie en el suelo, buscó desesperadamente a su alrededor.

—¿Dónde hay un baño?

—¿Baño?

—Estoy que reviento...

—¡Ah! Fuera, en el corral...

Se lanzó hacia la puertecilla a espaldas del mostrador, y se sentía ya en el séptimo cielo, descansando de la larga contención, cuando le llegó, demasiado

tarde, la advertencia...

—¡Cuidado con la cabra...!

A la cabra no le gustaba que vinieran a ensuciarle aún más su vivienda, y en cuanto descubrió algo redondo, blanco y reluciente que se ofrecía, sonoro y tentador, se lanzó al ataque sin temor a mancharse los cuernos.

—¡Quieto, bicho!

En verdad que ni Manolete se las vio nunca en tan difícil lidia, teniendo que protegerse las espaldas de las acometidas de un cornúpedo iracundo en el momento mismo en que el hombre se encuentra, por lo común, más indefenso.

Cuando regresó al interior de la taberna, había decidido tomárselo por el lado bueno:

—Si es cierto que la mierda atrae el dinero, es que pronto seré rico... ¿Dónde me lavo?

—¿Lavarse? En la fuente del corral.

Diez minutos después, uno a cada lado del mostrador, daban buena cuenta de un caldero de sancocho de pescado que se le antojó exquisito.

—¡Excelente! Le Felicito. ¿Lo hizo usted mismo?

—¿Yo mismo? Sí, desde luego. Le guardé la cabeza para el perro...

Lo miró de frente unos instantes:

—¿Qué perro? ¿Dónde está?

—Ahí fuera... Debe alejarlo de aquí. Todo el mundo me pregunta de quién es y qué hace ante mi puerta...

—Me persigue. No se irá mientras yo siga aquí.

—¿No se irá? Si alguien sospecha, tendré líos... —Mostró la enorme boca desdentada—. ¿Le conté que una vez me arrancaron los dientes y las uñas?

—Me lo contó. ¿Cuándo podré irme?

—¿Irse? Pasado mañana el camión lleva verduras a la Capital. Lo esconderé en él...

Le aterrorizó la idea de pasar dos días más oculto en aquel desván, pero comprendió que no le quedaba otro remedio. El viejo, por su parte, señaló hacia fuera.

—No podemos dejar ahí a ese bicho.

—¿Tiene un arma?

De un rincón del mostrador extrajo una rumbrienta escopeta de dos cañones, y de un cajón, un puñado de cartuchos.

—¿Un arma? No sé si aún funciona. Y los cartuchos, probablemente estén viejos. Diez años que no la uso.

Examinó aquella especie de carabina de Ambrosio, destartada, y tuvo la impresión de que resultaría más peligrosa para él mismo que para el Perro. Los percutores aún obedecían las órdenes de los gatillos, aunque el óxido estaba a punto de agarrotarlos para siempre. El alma del cañón aparecía negra y

mugrienta, y los cartuchos, húmedos y blandos, de grueso perdigón del cero, bueno para matar jaguares, presentaban un aspecto más deprimente aún.

—¿No puede conseguir cartuchos nuevos?

—¿Cartuchos? Hace años que está prohibida la venta de cartuchos. Los empleábamos para cazar policías...

Dudó un largo rato. Al fin, se encogió de hombros, fatalista.

—Está bien —se resignó—. Esta noche saldré a matarlo.



## VIII

Tristes farolas iluminaban las esquinas del pueblo, y eran más las sombras que la luz que daban, convirtiendo las estrechas callejas y los rincones en lugares de espanto, de los que aquella noche podía esperarse que surgiese la muerte en cualquier forma.

Todo era quietud y silencio, pues no corría la brisa, ni murmuraba el río, y se diría que hasta los bichos habían comprendido que algo extraño ocurría, y eran vientos de muerte los únicos que soplarían desde el Norte.

Por un momento, el llanto de un niño quebró el embrujo, cómo si llorara de antemano por lo que podía suceder, pero pronto volvió el silencio, y de nuevo se sintió solo en la calle, sin más compañía que su sombra, buscando en las tinieblas a su enemigo.

Lo entrevió un segundo, el tiempo suficiente para advertir que de nuevo se había vuelto peligroso, pues el arma de fuego le concedía un poder ilimitado, casi divino; el poder de matar a distancia, sin riesgo alguno.

No era ya el hombre al que obligó a correr y echarse al agua. No era siquiera el que se escondió en la cabaña, seguro y lejos de su alcance, o el que escapó en una frágil embarcación burlando su vigilancia. Ahora era un hombre al ataque, que de perseguido se convertía en perseguidor; de buscado en buscador; de víctima en verdugo.

Ahora el Perro sabía que no podía descuidarse un solo instante; que bastaría con dejarse ver al descubierto para que el otro se llevara el arma al rostro, sonara un estampido, el aire se llenara de olor a pólvora y él quedara muy quieto para siempre, como los venados y jaguares; como las liebres y las perdices; como los presos que intentan escapar, o como su amo allá en la colina.

Y si eso ocurría, ya nadie perseguiría nunca al Hombre; ya nadie vengaría a su amo; ya nadie cumpliría la orden de matarle.

Su primer impulso había sido lanzarse al ataque, abiertamente, decidido a matar o morir de una vez por todas, pero la certeza de que tenía un deber que cumplir le empujó a ser prudente; frenó sus ímpetus y le obligó a acogerse a la protección de las sombras para deslizarse muy suavemente de esquina a esquina, pegado a los muros, casi arrastrándose, buscando el punto desde el que saltar sobre el Hombre, lejos del alcance de su arma.

Lo vio pasar allá, al fondo de la plaza; lo siguió desde lejos en silencio, y al fin sus ojos repararon en una tosca escalera que trepaba hasta un tejadillo de cinc y un alero volado bajo el cual, pronto o tarde, cruzaría sin duda su enemigo.

Volvió sobre sus pasos, rodeó la manzana de casas, llegó al pie de la escalera, comprobó que el Hombre se aproximaba con el arma a punto y la mirada atenta a cada detalle, a cada rincón y cada sombra, y luego, muy despacio, trepó hasta el tejadillo y se agazapó al borde del alero, aguardando con infinita paciencia.

Tenía miedo y resultaba estúpido negárselo.

Allí, en cualquier rincón, a oscuras, le acechaba una bestia loca sedienta de sangre, fuerte y poderosa, y cuanto contaba para defenderse era un arma en la que no podía confiar en absoluto.

¿Qué sucedería si en el momento de apretar el gatillo nada ocurría?

Cien veces se había hecho esa tarde la misma pregunta, y cien veces había encontrado idéntica respuesta: quedaría por completo a merced de la fiera, que lo mandaría al otro barrio de un mordisco.

Le dolía el brazo izquierdo y tenía incluso dificultad para moverlo. En una lucha cuerpo a cuerpo, de poco le serviría, y si llegaba a ese punto, poco importaría su brazo, pues le constaba que nada podía en una pelea abierta contra el Perro.

Se dijo que era una locura salir en aquellas condiciones, pero más valía morir luchando que aguardar en aquel inmundo desván a que el maldito animal delatara su presencia y vinieran a detenerle. Deseaba, también, acabar de una vez con la bestia que estaba llegando a obsesionarle, que no le permitía dormir ni descansar tranquilo, y se había convertido en una siniestra pesadilla dispuesta a seguirle al mismísimo fin del mundo si no la dejaba seca de un tiro.

Temía al animal, y le admiraba. Cuanto había entrevisto en él durante meses de observarle en el campo se iba cumpliendo con creces en aquellos días de lucha a muerte. Era valiente, astuto y tenaz. Se había propuesto liquidarle, y aunque no lo hubiera logrado aún, había conseguido al menos amargarle la vida, destrozarle un brazo y ponerle nervioso.

Abigail Anaya contaba con un ejército de más de cien mil hombres, sesenta mil policías, ochenta tanques, cincuenta aviones de combate y seis buques de guerra, y aunque hubiesen recibido orden de alerta o se hubieran puesto a la tarea de perseguirle, todos juntos no le inquietaban tanto como aquel animal pulguiento que no contaba para derrotarle más que con un instinto feroz y unos colmillos de tres centímetros de largo.

Parecía estúpido, pero era así, y en cierto modo se sentía trasladado a otro tiempo histórico, vuelto a la era más remota de los principios del hombre, cuando la existencia debió de ser una lucha primaria semejante con bestias semejantes.

La televisión podía estar retransmitiendo en color desde Munich, a miles de kilómetros, la final del Campeonato Mundial de Fútbol. En algún rincón del Pacífico, los militares franceses harían estallar alguna nueva bomba atómica, y en las atestadas capitales del mundo; millones de seres humanos se envenenarían con aire contaminado y agua polucionada, pero él, un hombre del siglo XX que jamás había tenido intención de renegar del tiempo y la época que le tocó vivir, se encontraba, sin embargo, enredado en una lucha prehistórica con un animal que, probablemente, no había evolucionado desde los tiempos del Cro-Magnon.

Como arqueólogo, como estudioso de las viejas civilizaciones americanas y lo que perduraba de ellas en las tribus indígenas amazónicas, siempre se había admirado de aquella extraña capacidad de la especie humana de vivir en dos épocas separadas entre sí por millones de años.

Bastaba tomar un avión en la capital, y a la hora escasa se podía aterrizar en una pista abierta en la selva, junto a un poblado de individuos que aún no habían alcanzado la edad de piedra, y que, no obstante, podían ser trasladados en ese mismo avión a un hospital de la ciudad, para ser tratados con una bomba de cobalto.

Le admiraba esa portentosa elasticidad del hombre, del mismo modo que le admiraba que —al propio tiempo— continuara siendo tan constante en la mayoría de sus sentimientos primitivos, ya que igualmente amaba, odiaba o se enfurecía el indio, que el médico que lo estaba curando.

Probablemente la capacidad de expansión y supervivencia del ser humano se basaba en aquel amplísimo espectro de condiciones a las que era capaz de adaptarse, y no referente tan sólo a situaciones climáticas, físicas o históricas, sino, sobre todo, a situaciones ideológicas o espirituales.

En algún rincón del tiempo, un millón de años atrás, un hombre y una fiera se buscaron de igual modo en la quietud de algún bosque ya petrificado, y ahora, la historia se repetía.

Tristes faroles iluminaban las esquinas del pueblo, y eran más las sombras que la luz que daban, convirtiendo las estrechas callejas y los rincones en lugares de espanto de los que aquella noche podía esperarse cualquier cosa.

Todo era quietud y silencio, pues no corría la brisa ni murmuraba el río, y se diría que hasta los bichos habían comprendido que algo extraño ocurría y eran vientos de muerte los únicos que soplarían desde el norte.

Por un momento el llanto de un niño quebró el embrujo, como si llorara de antemano por lo que podía suceder, pero pronto se sintió de nuevo solo en la calle, sin más compañía que su enemigo, al que había logrado entrever por un segundo.

Estaba allí, en alguna parte, aguardándole con los ojos brillantes, las fauces abiertas y los colmillos a punto, listo a echársele encima sin permitirle apretar el gatillo.

¿Dónde?

De su capacidad de adivinarlo dependía probablemente su triunfo o su derrota, pero era tanta la oscuridad, y tan complicado el dédalo de callejones mal alineados y chozas aisladas, que resultaba imposible averiguar de qué tenebroso y escondido punto partiría el ataque.

Al alcanzar la plaza se sintió más tranquilo. Había allí espacio abierto y una tenue penumbra que le permitiría distinguir a la bestia. Avanzó despacio con el dedo sobre el gatillo y el oído atento, pero se decía que la tierra se había tragado a su enemigo, o éste había desistido de presentar batalla al verle armado.

—Es astuto el «coño de su madre», y lo creo capaz de no atacarme ahora que tengo la escopeta.

Se detuvo en la esquina, allí donde confluían las dos «calles», principales, y escuchó. Por un instante hubiera jurado que algo se movía allá arriba, sobre el tejado de cinc de la casa rosada, pero aunque forzó la vista y puso en ello todos sus sentidos, no advirtió nada extraño y reanudó la marcha.

Llegó ante la casa, cruzó bajo la sombra espesa del alero, y en el momento en que ponía de nuevo el pie en el espacio abierto de la plaza, presintió el peligro, giró sobre sí mismo con el arma a punto y apretó el gatillo en el instante en que la fiera se le venía encima.

Escuchó el golpear del percutor contra el metal del fulminante, pero eso fue todo; repitió el intento con el otro cañón, pero de nuevo se repitió el fallo, y ya no tuvo tiempo más que de protegerse el cuello, porque la mole del animal había caído sobre él con todo su peso, lanzó el arma al centro de la plaza y lo derribó de espaldas, buscando ansioso su garganta.

Lo aferró por la garganta con su única mano, y durante unos segundos que se le antojaron horas, se debatieron ferozmente y en silencio, intentando el Hombre estrangular al Perro, intentando el Perro alcanzar con sus colmillos la yugular del Hombre.

Rodaron por el suelo de la plaza, forcejearon desesperadamente, y de improviso, cuando ya estaba a punto de darse por vencido y dejar que todo acabara, la vieja escopeta pareció cobrar vida por sí misma, sufrió un estremecimiento y reventó, escupiendo fuego, perdigones y trozos de metal.

Perro y Hombre fueron lanzados hacia atrás, envueltos en humo, estruendo y sangre, y mientras el animal se alejaba aullando hacia la noche, el Hombre, aturcido y tambaleante, se perdía de vista en dirección opuesta, hacia el río y la taberna.

Cuando comenzaron a encenderse las luces de las casas, y voces asustadas preguntaron qué había sucedido, en el centro de la plaza no quedaba más que el destrozado esqueleto de una prehistórica escopeta.

El viejo hurgaba con paciencia y la ayuda de un afilado cuchillo, extrayendo uno por uno; los perdigones y los trozos de metal.

—Fulminante viejo, pólvora vieja, arma vieja... —masculló—. No es extraño que tardara tanto en hacer combustión. Más de uno perdió la vida por culpa de un cartucho en mal estado. No disparan, se asoman a ver y, y ¡pum!, les vuelan la cabeza...

—Por poco me destroza...

—Suerte que la pólvora estaba húmeda y no le pegó muy fuerte...

—El Perro recibió el grueso del impacto. Estaba encima en ese instante...

—¿Encima? Se lo llevó el diablo... No volverá a molestarle.

—Lo dudo... —negó, convencido—. Casi ha entrado a formar parte de mi vida...

—¿Su vida? Ahora suba y descanse.

Cojeó hasta la escalera, trepó renqueando y agradeció el hedor, la humedad y la suave cama de maíz. Le dolía hasta la respiración, y no quedaba parte alguna de su cuerpo que no sintiera magullada, lacerada o sangrante. No era ya más que una auténtica piltrafa humana, y se sentía tan fatigado, que llegó a creer que nunca volvería a levantarse de la rústica cama.

Durmió toda la noche y deliró muy quedo todo el día siguiente, y fueron subiendo tanto de tono sus lamentos, que el viejo se vio obligado a poner en marcha un costoso aparato de radio que nunca escuchaba, de modo que los lugareños se extrañaron de la súbita afición musical del tabernero, precisamente el día en que todos acudían a comentar el más extraño acontecimiento que había tenido lugar en la larga historia de la aldea:

Sin que nadie se explicase cómo ni por qué; sin que nadie viera nada ni oyera nada hasta el momento de la explosión, súbitamente, pasada la medianoche, una vieja escopeta había reventado en el centro mismo de la plaza y luego se escuchó un aullido inhumano que se perdió en la noche, tan aprisa, que no podía pertenecer a persona alguna.

Había manchas de sangre por todas partes, y una mano roja impresa en la fachada de la Alcaldía, pero nadie del lugar estaba herido, ni se tenía noticias de la presencia de forasteros.

—¿Qué ha dicho la radio?

—¿La radio? ¿Qué puede saber de eso la radio?

—Debe de ser que Anaya ha muerto... ¿No lo ha dicho la radio?

—¿Anaya? Ese maldito me arrancó todos los dientes, pero no creo que tenga nada que ver en esto...

—Tal vez murió anoche. Tal vez el ruido que oímos fue la lucha que tuvo con el demonio...

—¿El demonio? Entonces debió de ganar Anaya y fue el mismo demonio el que salió aullando.

—¿Tú crees? ¿Tú lo viste?...

Era una charla absurda y sin sentido, pero continuaría por días y semanas, y las generaciones futuras oirían a sus abuelos contar en voz muy queda la fantástica historia de la noche de la escopeta que disparaba sola.

Cuando el último parroquiano, borrachito y parlanchín, le dejó al fin solo, el viejo Sebastián se armó de un cabo de vela, una jofaina y unos trapos mugrientos, y trepó al desván a cuidar al herido y ponerlo en condiciones de viajar a la mañana siguiente.

Comprendió que no sería posible en cuanto le echó la vista encima. El hombre deliraba, se lamentaba constantemente, y aparecía tan pálido y demacrado, que comenzó a hacerse a la idea de que tendría que empezar a buscar la forma de deshacerse del cadáver.

—Si muere, lo echo al río y en paz... Irá a hacerle compañía al perro.

Lo curó como pudo, sin mucho convencimiento, y regresó a su taberna, a dormir bajo el mostrador como venía haciéndolo desde veintidós años antes. Se echó al colete media botella de ron y, cuando cerró los ojos ni siquiera recordaba que tenía un moribundo sobre su cabeza.

## IX

No había pasado por tantas calamidades para acabar como un pendejo de una perdigonada accidental.

Aunque parte de su cuerpo pugnaba por dejarse morir de una vez, otra, la más fuerte, le gritaba desde lo más profundo de su subconsciente que debía luchar y sobreponerse, pues ya tenía la salvación y la libertad al alcance de la mano.

«Piensa en Muriel. Piensa en aquel viaje a Galápagos, las últimas, ¡las únicas!, vacaciones de tu vida, bañándonos con las focas en la Bahía de Sullivan; correteando tras los albatros de la Isla de Hood; cabalgando sobre tortugas gigantes en Academy Bay...

»Piensa en las noches del “Hotel Quito”; jugando a la ruleta en el Casino; bailando solos en la terraza; haciendo el amor con la ventana abierta sobre la piscina, con la silueta nevada del Cayambe, allá al fondo, iluminado por la luna.

»Piensa en las largas excursiones al Caroní de Venezuela en busca de nuevos petroglifos, y en el mes que pasaste con los Yanohama, y en el estudio que aún aguarda a que lo termines, y que terminarás algún día si no te dejas derrotar ahora.

»Piensa en todo eso, y no te mueras, Aristides Ungría, que si te mueres, este viejo borracho te tira al río, y ni aun sepultura tendrás para tus huesos.

»Piensa en Muriel tendida en una cama semidesnuda, y dime si no vale la pena hacer un esfuerzo y seguir con vida...

»Piensa en ese maldito perro al que has liquidado, y no le des el gustazo de que te arrastre a la tumba con él...».

Pensó en todo aquello, y decidió continuar en este mundo.

Le costó una semana llegar a un acuerdo consigo mismo, y aún otro par de días encontrarse en condiciones de reemprender la marcha, pero al fin, a los diez días justos de la noche del accidente, y cuando faltaban más de dos horas para la salida del sol, el viejo Sebastián le condujo por las apartadas callejas y le hizo trepar a un desvencijado camión cargado hasta los topes de verduras frescas, en las que le enterró, a punto de asfixiarlo.

—Buena suerte —le susurró al oído.

—Gracias por todo.

—¡Adiós!

Desapareció como tragado por las sombras, y allí aguardó muy quieto, aspirando el aroma de repollos y lechugas, hasta que una puerta se abrió, un hombre orinó contra la esquina, subió a la cabina, puso el motor en marcha, caló el embrague, prendió las luces y enfiló el camino de tierra, rumbo a la noche.

Le durmió el suave balanceo y no despertó hasta ya muy entrado el día, cuando circulaban por una ancha carretera asfaltada, en la que veloces automóviles les adelantaban constantemente.

Les detuvo una alcabala y se enterró aún más profundamente al escuchar las voces de mando y advertir que husmeaban en la carga, pero todo fue pura rutina, y con la caída de la tarde comenzó a reconocer cada detalle del paisaje; las montañas, los ríos, los puentes e incluso cada restaurante y cada hotel escondido.

Muchos le recordaban viejos tiempos, citas secretas, noches de juerga, fiestas familiares... En aquellas montañas descubrió una increíble cueva de los shantas, y cuando la sequía vació por completo el riachuelo, encontraron grabados, en las piedras del fondo, dibujos que le revelaron una ignorada influencia de las primitivas tribus caribes en la región de los lagos.

Aqué era su mundo, y con la noche alcanzaron los arrabales dónde jugó de niño cuando no eran más que terrenos baldíos. Se zambulleron luego en el tráfico inhumano de la gran ciudad, y aprovechó un semáforo de una callejuela tranquila y solitaria para saltar al suelo y alejarse aprisa entre las sombras.

Estaba a salvo, y lo sabía. Atrás habían quedado el Campo, los sufrimientos, la huida, la muerte, e incluso la maldita bestia que le amargó la vida.

Caminó, por tanto, despreocupado, sabiendo de antemano cuál era su destino, y tras adentrarse decidido por un populoso barrio obrero que conocía bien, se detuvo ante un alto edificio, se cercioró de que nadie sospechoso rondaba por los alrededores, y al fin, tras diez minutos de espera, se coló dentro.

Quinto piso, puerta D.

Golpeó levemente. Dentro, una radio bajó de volumen, y una voz de sobra conocida inquirió:

—¿Quién es?

—La Pantera Rosa...

Advirtió un momentáneo desconcierto, pero al fin se entreabrió la rendija de la puerta y un ojo espío temeroso:

—¿Quién?

—Abre, Huascar. Soy yo...

Fue un abrazo largo, afectuoso, lleno de ternura y emoción:

—¡Oh, Ari, Ari...! ¡El gran Ari! Qué alegría ser el primero en abrazarte...

Cómo te agradezco que te hayas acordado de mí.

—¿Sabías que había escapado?

—Corrieron rumores. Luego aseguraron que habías muerto.



—Incluso yo estoy por creerlo... De milagro he llegado.

—¿Tienes hambre?

—De lobo...

Puso sobre la mesa pan y salchichón, y comenzó a freírle un par de huevos en la cocinita que ocupaba un rincón de la humilde estancia, pero no apartaba los ojos de su amigo:

—Tienes mal aspecto. —Reparó en el brazo—. ¿Estás herido?

—Herido, mordido, arañado, tiroteado, casi ahogado, y dado por el culo por una cabra loca, pero logré sobrevivir... ¿Cómo va todo por aquí?

—Divididos, asustados, desconcertados, desilusionados y hechos la puñeta, pero logramos mantener la base de los cuadros a la espera de que surgiera un nuevo líder, o regresaras... Ahora todo será distinto.

Negó convencido:

—No por lo que a mí respecta... No pienso quedarme y que me atrapen de nuevo. No lo soportaría. Me iré al extranjero, y desde allí intentaré algo...

Colocó los huevos fritos ante él. Tomó asiento al otro lado de la mesa.

—No es el momento de discutirlo. Ahora come y descansa.

Comió con apetito, mojando enormes pedazos de pan blando y esponjoso en una yema amarilla y goteante, que le chorreaba por la hirsuta barba. El vino era barato, pero cálido y fuerte, y le reanimó el gaznate y el espíritu, ayudándole a reconciliarse con la vida.

—¿Qué sabes de Muriel?

Advirtió que la pregunta era esperada y temida al propio tiempo. Conocía lo bastante a Huascar, alias *Olafo el Amargado*, como para estar seguro de que la respuesta no sería agradable. En los primeros tiempos de la Organización, cuando se vieron en la obligación de buscar seudónimos a todos sus miembros, decidieron inspirarse en personajes de las historietas infantiles, y todos estuvieron de acuerdo en que *Olafo el Amargado* era el nombre que mejor cuadraba a Huascar. Como el famoso vikingo, era rudo, fuerte, simple y sin dobleces, incapaz de disimular sus sentimientos.

—¿Muriel? —repetió, tratando de ganar tiempo—. Hace tiempo que no la veo.

—¿Cuánto?

—Tres o cuatro meses...

—¿Qué hace entonces?

—Bueno... Ella estaba en esto por tí... No le interesaba la lucha. Es una mujer, y ya sabes cómo son estas cosas...

—Entiendo... Quieres decir que anda con otro. Eso ya me lo imaginaba... ¿Quién es?

—Un tipo... Un médico... —Hizo un gesto vago con la mano—. No lo entiendo... Puede ser su padre...

—¿Dónde puedo verla sin peligro...?

Huascar se inclinó sobre la mesa, extendió la mano y la colocó sobre su brazo sano. Había súplica en su voz cuando rogó:

—¡Olvidate de ella...! Hay muchas cosas que hacer. Tenemos que volver a la lucha... —Hizo una pausa—. Y no te gustará verla...

Advirtió el tono de su voz.

—Está preñada.

Le hizo daño. Le hizo mucho daño, pese a que en los últimos tiempos estaba acostumbrado a sufrir. Jamás, ni en sus peores momentos, le había pasado por la imaginación algo semejante. Estaba hecho a la idea de que Muriel perteneciera a otro hombre; podía incluso imaginarla besada y acariciada con la misma intimidad con que él la besó y acarició. Tal vez no le hubiera sorprendido saber que tenía un hijo, pero la forma en que Huascar pronunció la palabra preñada tenía algo de obscuro, de terriblemente ofensivo porque significaba que dentro de ella estaba engordando el semen de otro hombre.

Lo que siempre procuraron evitar, un hijo, estaba ahora formándose allí en lo más recóndito de un cuerpo que consideraba suyo, y, sin embargo, no era su hijo.

—Algún día lo tendremos —le había dicho siempre—. Aún eres joven, y los tiempos se presentan difíciles. Te juro que el mismo día que acabemos con Anaya, lo encargamos. Se llamará Héctor.

Pero fue Anaya quien acabó con él, y ahora había un hijo de otro en el lugar que debía ocupar Héctor.

Hacía daño. De verdad que hacía mucho daño.

Concluyó de comer, rebañó el plato con la última miga de pan y sorbió el vino despacio.

—¿Va casarse con ella?

—¿Casarse? ¡Ja! —Su tono era amargo—. Es un viejo millonario, con hijas de su edad. —Revolvió en la herida—. Muriel no es más que su querida, ¿entiendes? Su «que-ri-da»... Le compró un apartamento y un auto, y le pasa una cantidad mensual... Eso le da derecho a hacerle un hijo.

Su mano voló hasta el cuello de Huascar, le atrapó por la solapa y lo atrajo hacia sí, furioso:

—¡No te lo consiento! —gritó—. ¡Eres un maldito embustero y no te lo consiento...! Todo es mentira... ¡Tiene que ser mentira!

Se miraron fijamente. Aún le sujetaba, y estaban muy cerca el uno del otro. Había compasión en los ojos de uno, y profundo dolor y tristeza en los del otro, que aflojó la presión de su mano.

—Perdona —rogó—. ¡Cuesta tanto creerlo...!

—¿Y crees que a mí no...? Yo la quería como a una hermana. Era una compañera dulce y valiente, y te amaba... Era *Mafalda*, el alma del grupo y tu mujer... ¿Qué crees que sentí al ver que mientras tú te pudrías picando piedra en el infierno, y los demás andábamos jodidos, escondiéndonos y pasando hambre,

ella cenaba en el Club 28 en compañía de un viejo abortador que se hizo rico a base de todo lo peor que tiene este sistema asqueroso que luchábamos juntos por cambiar...? También me costó creerlo, pero es cierto, y no se lo perdono.

## X

No había pasado tantas calamidades para acabar como un pendejo, de una perdigonada accidental.

Aunque parte de su cuerpo pugnaba por dejarse morir, otra, la más fuerte, le gritaba desde lo más profundo de su subconsciente que debía luchar y sobreponerse, pues aún no había cumplido la orden que su amo le diera.

—¡Mátalo! —repitió la voz en su cerebro.

Pasó por su mente el momento en que el Hombre le golpeó la cabeza con la escopeta.

Pasó por su mente la escena en que buitres y zamuros devoraban el cadáver de su amo.

Pasó por su mente la lucha que tuvo con el Hombre en el río, y su pelea con los mastines, y aquella otra lucha en las tinieblas, cuando un disparo atronó la noche y una catarata de fuego y plomo le cayó encima.

Pasó todo eso por su mente, y decidió seguir viviendo.

Pero no bastaba su voluntad para lograrlo, y lo sabía. Acurrucado allí, en el fondo de una cañada, dejó pasar los días, sintiéndose cada vez más débil, cada vez más agotado, viendo cómo la sangre volvía a manar una y otra vez de sus innumerables heridas, sintiendo que con aquella sangre se escapaba su vida.

Estaba solo, completamente solo con las moscas que acosaban sus llagas, y lloró quedamente.

Lloró por su amo muerto, por su venganza frustrada, por la orden que no había cumplido y por el dolor que atenazaba su cuerpo.

Lloró como un perro faldero, como un cachorrillo abandonado, como una madre que ha perdido su camada, como un fiero perro lobo que se siente al fin derrotado.

—¿Por qué lloras?

Le sorprendió la presencia del niño con su cesto de moras bajo el brazo, acuclillado frente a él, preocupado y curioso, al que no había sentido aproximarse, pues de escucharlo se habría tragado su dolor y su llanto.

—¿Por qué lloras? —repitió, y luego reparó en las moscas, y en las costras rojas, y en la sangre que bañaba su hermoso pelo castaño, sus patas amarillas, su negro hocico y el oscuro suelo.

—¿Estás malito?

Tendió la mano diminuta y le acarició la firme y noble cabeza, que se movió hacia arriba y atrás, agradeciendo el contacto amigo.

—Yo una vez también me caí en una zarza —le explicó—. Y también lloré mucho, pero mamá me sacó los pinchos, me puso una pomada y me curó... ¿Te gustaría que mamá te curase?

Había algo en aquel tono de voz, que no había oído nunca, y no era tan sólo la voz de niño: era una voz dulce, amorosa, tierna y compasiva; una voz distinta a todas las otras voces de este mundo; una voz que le sirvió de alivio, que le enjugó las lágrimas, que acalló sus lamentos.

Le acarició de nuevo:

—Espera aquí, que vuelvo a buscarte.

Se alejó corriendo y experimentó una profunda angustia al pensar que tal vez no volvería, y se sintió tan solo como nunca lo estuvo, hasta que escuchó un chirriar metálico y se detuvo ante sus ojos una vieja carretilla que apestaba a abono y legumbres.

—¡Ven! Sube, que te llevaré a casa... ¡Vamos! No tengas miedo, que mamá te cura...

Luchó con sus escasas fuerzas, empujando y resoplando, y al final, dejándose una pata atrás, un rabo bajo la rueda y una cabeza medio colgando, logró colocarlo arriba, y comenzó a empujar trabajosamente.

—Pesas mucho, pachucho... —comentó, y al parecer le gustó el juego de palabras, pues rió divertido—. Mucho, pachucho —repitió—. ¿Te gusta el nombre? Como estás malito, te llamaré *Pachucho*...

« Mucho, *Pachucho*... » .

Se dejó llevar suavemente, mecido por la carretilla y las palabras del chiquillo; se sintió bien y tranquilo; se supo a salvo, y permitió que una dulce somnolencia se apoderara de todo su cuerpo, cerrara sus ojos y le arrastrase muy lejos.

Hubiera deseado que se le antojara una deformidad monstruosa; que le diera asco; que sintiera tanta repugnancia al verla, que no deseara volver a encontrársela nunca en su camino, pero se sorprendió al advertir la dignidad con que llevaba su embarazo, habida cuenta de que se trataba de un hijo ilegítimo de un hombre casado.

Giró y giró la cucharilla en la taza durante largo rato, y le miró de frente, a los ojos:

—Me cansé de pasar calamidades... —señaló—. Durante años quise creer que volverías, venceríamos al viejo tirano y viviríamos en un país de ensueño, donde tú serías exaltado como héroe y yo te daría hijos... Pero lo cierto es que

Abigail Anaya continúa mandando, y yo estaba fichada, y nadie quería comprometerse a darme trabajo... Por lo único que les valía la pena el riesgo, era por acostarse conmigo...

—No decías nada en tus cartas...

—¿Para qué? Ya lo pasabas mal sin mis problemas... Julio fue el único que se atrevió a darme un empleo. Fue bueno y generoso, y nunca pidió nada a cambio... Luego, dejaste de escribir, convencido de que jamás regresaría. Me convencí también, y a partir de ese día nada tuvo importancia. Julio o cualquier otro, ¿qué más daba?, y él lo merecía más que nadie...

—¿Por qué el hijo?

—Cuando se acerca a los treinta años, una mujer necesita un hijo, o deja de ser mujer... Y prefería que su padre nunca pudiera reclamarlo legalmente... —Bebí su café con lentitud. Estaba frío ya, pero no lo advertí. Traté de sonreír, mas apenas pudo lograrlo—. Es una historia vulgar, lo admito, pero no tengo otra —añadió—. En verdad, nunca creí que lograrías evadirte, y no me sentía capaz de esperar quince años más.

—¿Y ahora...? ¿Qué piensas hacer?

—¿Yo? —Se sorprendió—. Lo mismo, naturalmente... Saberte libre, ha sido la mayor alegría que he tenido, pero eso nada cambia. Aquí corres peligro. Debes marcharte del país y rehacer tu vida en otra parte... —Hizo una corta pausa—. Yo estoy bien con Julio. Es bueno y cariñoso, y sabrá cuidar del niño y de mí...

—¿Y ésa será tu vida para siempre? ¿Una mantenida hasta que te abandone por vieja?

Se encogió de hombros sin emoción alguna:

—Tengo una buena casa, un auto de lujo, criados, dinero, y, pronto, un hijo. Eso basta a la mayoría, y a mí debe bastarme. Es más de lo que he tenido nunca...

—¿Incluso cuando estabas conmigo?

Le miró de frente, retadora, altiva y franca.

—¿Qué tenía cuando estaba contigo, Ari...? Fuimos muy felices durante aquellas vacaciones en Ecuador... Galápagos con sus focas, y Quito con su ruleta y su amor a la luz de la luna... Pero ¿y el resto? Una constante angustia aguardando el día que te detuvieran o te mataran. Noches de terror esperando la llegada de la Policía, y un escondrijo inmundo, en el que ni hablar en voz alta ni comer caliente podíamos... —Se puso en pie trabajosamente, bamboleando su enorme barriga, que parecía siempre a punto de hacerla caer de boca—: No te lo reprocho, Ari... Era joven, te quería, y me pareció una aventura maravillosa... —Se volvió desde la puerta y sonrió con tristeza—. Pero ya no soy tan joven, y las aventuras me aterran... ¡Suerte, Ari!

Salió, y pudo oír sus pasos descendiendo pesadamente la escalera con sumo

cuidado para no poner en peligro aquel hijo que había pasado a ser lo más importante de su vida.

Permaneció muy quieto, contemplando el asiento vacío, cavilando en cuanto acababa de decirle. Cinco años, y la Muriel a quien él conoció ya era otra, y nada tenía en común con la chiquilla valiente y alocada que decidió unirsele en su lucha contra Anaya.

¿Dónde habían quedado sus sueños de libertad? ¿Qué se había dicho de su generosidad y su entusiasmo?

—Quizá están en el mismo lugar en que están los tuyos —comentó en voz alta—. La Dictadura acabó una vez más por castrar sus sentimientos y su mente; por abotargar sus ilusiones; por cansarla hasta la muerte... Como a ti...

No le costaba trabajo comprenderla, porque, mirándose al espejo, encontró idéntica expresión de resignación y fatiga, de hastío y fatalismo.

Si también él estaba decidido a renunciar; si también él anhelaba el refugio de un país neutral y un lugar tranquilo en el que alejarse de todo y olvidar la lucha, ¿cuál era en realidad la diferencia?

La diferencia era la que podía existir entre el amor y el odio; entre la alegría y la tristeza; entre el eterno jugar y el eterno padecer.

La diferencia estaba en que por primera vez se sentía realmente vivo, realmente querido, realmente necesitado.

Ya no odiaba las casas, porque aquella olía a limpio, y una fresca brisa y ventanas abiertas se llevaban muy lejos la impresión de sentirse oprimido. Ya no necesitaba vagar al aire libre por las noches, pues las dormía de un golpe, tumbado allí, sobre una estera, a los pies de la cama del niño. Ya no vivía siempre alerta, acechando el peligro, porque ningún peligro acechaba en cientos de kilómetros en derredor.

—¡Pachucho!

Nunca una palabra le sonó tan bella, ni fue pronunciada con tanto cariño, ni despertó tantos ecos dormidos en lo más profundo de su mente, ni le obligó a alzar las orejas y agitar la cola con tanto entusiasmo.

—¡Pachucho...!

Y *Pachucho* corrió tras el palo, y *Pachucho* persiguió tontamente a las perdices, y *Pachucho* lo trajo de vuelta a casa, sobre su lomo, cuando, dormido y derrengado, no podía dar ya un paso.

—¡Pachucho!

Y aprendió a hacerse el muerto. Y aprendió a comer en su mano. Y aprendió a jugar a policías y ladrones.

Y pasaron días...

Y semanas...

Y *Pachucho* se entregó a un nuevo amo que no le llegaba a la cintura al otro; que no le gritaba; que no le reñía; que no le obligaba a morder a los presos, ni a asustar a la gente, ni a matar al que huía...

Pero un día volaron muy bajos los patos, y el hombre que cortaba la leña en el patio entró en la casa, volvió con la escopeta y disparó al aire sin herir a ninguno.

La explosión despertó recuerdos dormidos: el olor a pólvora devolvió a su mente la imagen de su amo agonizante, y una orden, una vieja orden resonó en su cerebro:

« ¡Mátalo! » .

Y *Pachucho* no fue más *Pachucho*. Buscó el camino del pueblo, seguido por el niño, que gritaba y lloraba, y también él gritaba y lloraba por dentro, porque su corazón también le pedía: « ¡Quédate! »; pero existía algo más hondo, más profundo que cualquier sentimiento. Algo que no dependía de él, sino que le venía de muy arriba, de muy lejos, quizás de generaciones y generaciones de perros acostumbrados a obedecer una orden de los hombres, porque Dios había puesto a los perros en el mundo para que obedecieran a los hombres.

Y no podía detenerse mientras aquel deber no estuviera cumplido, y tan sólo entonces, ¡sólo entonces!, podría descansar para siempre y ser, para siempre, *Pachucho*.

Marchó aprisa, inquieto y desasosegado, con las manos hundidas en los amplios bolsillos del gabán, sintiendo en la palma el duro contacto del arma, presencia reconfortante cuando en las esquinas distinguía la figura de un policía o su fantasía le hacía imaginar que alguien le venía siguiendo.

Huascar se había resistido a entregársela, pero le amenazó con no poner un pie en la calle si no le conseguía un medio de hacer frente a cualquier eventualidad:

—No voy a dejar que me detengan, ¿me oyes? No me atraparán vivo, para que me maten a palos... Tú no puedes saber lo que es eso; nunca te han detenido, pero yo sí, y te lo juro... Me defenderé hasta el penúltimo cartucho, y con el último, me volaré los sesos.

—No dramáticos...

—No dramatizo, Huascar... Esto va en serio... Dame esa arma.

Y ahora la sentía allí en el fondo del bolsillo, lista para empezar a escupir fuego en cuanto alguien intentara interponerse en su camino.

Cruzó la esquina, miró a ambos lados, cerciorándose de que no se distinguía presencia alguna sospechosa, y comprobó que aquella era la calle que buscaba, larga alameda solitaria, flanqueada de pequeños edificios de dos plantas y jardín, zona residencial y tranquila, lejos del bullicio de la gran ciudad.



Consultó el reloj y advirtió que faltaban unos minutos.

—Tiene que ser exacto —le habían advertido—. A las doce en punto, el policía de la entrada se va a almorzar y debe aprovechar esa media hora... ¡Por Dios, que no haya líos!...

No habría líos, estaba decidido. A las doce y cinco penetraría tranquilamente en el jardín de la Embajada, el secretario tendría la puerta entreabierta, y ya dentro de la casa podía dar por concluida su aventura.

Quince días huésped del embajador, acogido al Derecho de Asilo, un salvoconducto, y luego, directo a Caracas, donde ya le habían prometido un puesto en la Universidad, y una Editorial local le compraría sus Memorias de Forzado, y su gran estudio sobre las civilizaciones caribes.

Mientras tanto, la Policía estaría aún buscándole en la frontera, y aquel maldito perro se quedaría en el pueblo para siempre, si es que no se lo habían comido ya gusanos y zamuros.

Tenía cuarenta y tres años —treinta y ocho según sus nuevas cuentas—, y sabía por experiencia que Caracas es un lugar muy agradable para un soltero que ha pasado demasiado tiempo sin mujeres.

Le Club; la piscina del Hotel Tamanaco; los fines de semana en el Macuto Sheraton; los discretos moteles de la carretera de los Teques; la infinita variedad de muchachas de todas las clases, tipos y colores...

Trabajar duro y divertirse, y tal vez así olvidar definitivamente a Muriel y a Abigail Anaya.

Sonrió al imaginar la cara del viejo tirano cuando le notificaran que Aristides Ungria había solicitado y obtenido asilo político en la Embajada de Venezuela, país democrático que en más de una ocasión había demostrado manifiesto desprecio por su régimen.

Ya era la hora, pero quiso asegurarse; encendió un cigarrillo y comprobó disimuladamente que nadie lo vigilaba. Esperó el tiempo de acabarlo, aplastó la colilla, se acomodó el gabán de Huascar, a todas luces demasiado grande para él, y hundiendo de nuevo las manos en los bolsillos, le tranquilizó el frío contacto del arma.

Se adentró en la calle. Leyó el número de la primera casa y calculó mentalmente cuántos faltaban hasta la que venía buscando. Cuando al fin la distinguió, con su verja, sus grandes ventanales sobre el jardín y la bandera tricolor ondeando en la punta del asta, tuvo que hacer un esfuerzo para no echar a correr hacia ella y contener su nerviosismo.

Había sido un largo viaje. Largo y duro viaje, pero allí estaba la salvación, al alcance de su mano, y los años de pesadilla quedarían definitivamente atrás.

—¡Oh, Muriel, Muriel! —murmuró—. Hubiera sido todo tan hermoso si estuvieras ahora conmigo... Bastaría que hubieses tenido un poco más de fe... ¿Por qué no confiaste en mí, y pudiste imaginar que iba a pasarme veinte años

allí sin intentar la fuga...?

Faltaban quince metros...

Luego diez, y los recorrió sin prisa, fijos los ojos en la verja verde, atento al jardín y a comprobar que no se advertía rastro alguno del policía, apretando con fuerza la culata de la pistola, notando que las manos le sudaban y que un terror invencible estaba a punto de apoderarse de él.

—¡No corras! ¡Por el amor de Dios, no corras!...

Puso un pie en la acera, fue a sacar la mano del bolsillo para empujar la verja, y de pronto apareció allí, como nacido del mismo asfalto o caído del cielo, con las patas rígidas, los ojos brillantes y las fauces entreabiertas, mostrando los colmillos.

Lo contempló espantado, a punto de perder el sentido; aterrorizado hasta el extremo de no ser capaz de reaccionar, y retrocedió muy despacio, sintiendo que todos los vellos de su cuerpo se erizaban y las piernas le temblaban, incapaces de sostenerle.

No era el suyo un miedo lógico; era un terror enfermizo, como si acabara de tropezar con un fantasma; como si todos los trasgos de las tinieblas le persiguiesen.

El perro se agitó levemente y lanzó un corto ladrido, sonoro y seco, hizo ademán de lanzarse hacia delante, pero sin darle tiempo, sacó el arma y disparó cuatro veces, tumbándolo de espaldas.

La masa de pelo y carne voló por el aire, chocó contra el muro, lo enrojeció de sangre y se deslizó hasta el suelo, donde quedó muerto, con los ojos muy abiertos, la lengua fuera y, manando sangre.

Pasó un minuto y tal vez más. El eco de los estampidos se había perdido en la distancia, y acre olor a pólvora flotaba aún ardiente cuando de la casa surgió un hombre que lo tomó por el brazo, alejándolo de allí.

—¿Está loco? —gritó—. ¿Por qué ha hecho eso?

—Quería matarme.

Le miró asombrado.

—*¿Matilde?* Esa estúpida perra no le ha hecho nunca mal a nadie...

Se volvió, estupefacto e incrédulo. De una casa vecina habían surgido dos chicuelas que se abalanzaron llorando sobre el cadáver del animal.

—*¿Matilde!* ¿Qué te han hecho, *Matilde?* —gritaban.

Luego, corriendo por el jardín de la Embajada, vio llegar a un policía con la gorra en la mano intentando desenfundar su arma.

El hombre le empujó para que saliera de su estupor.

—¡Corra! —le gritó—. ¡Váyase de aquí!...

Y, una vez más, salió huyendo...

## XI

Era el mismo pueblo, y las mismas casas, y la misma gente, y el mismo tabernero desdentado.

Todo era lo mismo, excepto el olor de su enemigo, tan tenue y lejano, que apenas pudo rescatar algunos rastros en el borde de una acera y la esquina de una casa. La embarcación continuaba en la orilla del río, y en ninguno de los caminos que salían del pueblo había huella ni recuerdo de su paso.

No estaba en la taberna ni en ninguna otra vivienda, y se diría que se hubiera esfumado en el aire al extremo de una calleja solitaria, y aunque regresó allí una y otra vez, una vez y otra, se marchó desconcertado, porque podría pensarse que el Hombre se había elevado al cielo para siempre.

Pero al tercer día, cuando volvió en su eterno vagar, incapaz de aceptar que había perdido definitivamente a su enemigo, advirtió que un camión se encontraba allí, en el punto exacto en que desaparecía el olor que buscaba.

Lo contempló largo rato. Su instinto le avisaba que estaba relacionado con el Hombre, y recordó cuántas veces lo había visto trepado a un vehículo semejante, contemplando el camino durante horas.

Saltó al interior de la caja, repleta de verduras hediondas, y allá, en una de las barras, encontró un recuerdo levisimo del inconfundible olor de su enemigo.

Aguardó muy quieto, aspirando el acre aroma de repollos y lechugas, hasta que una puerta se abrió, un hombre orinó contra la esquina, subió a la cabina, puso el motor en marcha, caló el embrague, prendió las luces y enfiló el camino de tierra, rumbo a la noche.

El día le sorprendió erguido sobre la carga, con los ojos muy abiertos y los sentidos alerta a cada ruido, cada olor, cada detalle de los lugares que iban dejando atrás, porque, fuera donde fuera, había algo de lo que estaba seguro: regresaría.

Volvería algún día, cuando hubiera cumplido con su orden, porque allí, más allá del pueblo y del río; más allá de la última cañada, se encontraba su casa, y su amo, y la gente que amaba, y el lugar donde quería quedarse para siempre, corriendo tras un palo, persiguiendo perdices y sirviendo de montura a un muchachuelo.

No habría más prisiones en su vida; ni más órdenes crueles, ni más

persecuciones agotadoras.

No más armas, ni más luchas, ni más muertes.

Se haría viejo viendo crecer a un niño, y sabiéndose querido y mimado, porque aquélla era una hermosa vida, de buena comida, suave cama y pocas amarguras y fatigas.

Pensó en su enemigo, y si hubiera tenido capacidad de raciocinio, se habría sorprendido al advertir que ya no sentía el mismo odio irrefrenable de un principio, y ni siquiera su deseo de venganza era tan fuerte como antes.

Iba hacia él porque se le había ordenado; pero si su amo pudiera resucitar y cancelar la orden, saltaría en ese mismo instante del camión y regresaría a la casa, junto al niño, olvidando para siempre aquella historia.

Pero, por desgracia, su voluntad y su mente estaban condicionados a obedecer aquella orden, y si ya una vez había fallado cuando le indicaron ¡vigílate!, no estaba en condiciones de permitirse un nuevo fallo.

¿Qué terribles desgracias podrían acaecer si otra vez desobedecía?

Tenía razón su amo al ordenarle que vigilara a aquel hombre, que arrastraba consigo la violencia y la muerte, aunque su aura hiciera pensar que era pacífico y tranquilo.

Su fluido engañaba, y tal vez por eso resultaba tan peligroso y se hacía necesario destruirlo a toda costa. Si en el último momento, cuando tan sólo le quedaba un hálito de vida, su amo le había ordenado con tanta insistencia ¡Mátalo!, tenía que existir una razón muy importante, que, desgraciadamente, se encontraba fuera de su entendimiento.

¡Mátalo...!, pero ¿cómo?

No tenía ya su rastro, y el mundo era tan grande...

El aire se espesó y se llenó de olores picantes: a humo; a detritos; a masa humana; a ácidos que atacaban los ojos, y un ruido sordo, como de gigantesco monstruo mecánico palpitante, fue creciendo y creciendo, entremezclando bocinas de automóviles con el rumor de miles de motores, silbatos estridentes, máquinas perforadoras, chirriar de hierros viejos, voces extrañas, llantos...

Le petrificó el asombro y le estremeció el terror cuando se adentraron por entre largas calles flanqueadas de gigantescos edificios, sumergidos en aquel aire irrespirable, ensordecido por el estruendo indescriptible; deslumbrado por millones de destellos luminosos.

El camión se detuvo al fin en el centro de una inmensa nave repleta de hombres jadeantes y afanosos que cargaban y descargaban camiones semejantes. Advirtió que abrían la compuerta trasera, y el hombre que le había traído desde tan lejos, le observó asombrado:

—¿Y tú, de dónde coño sales?...

Saltó sobre él, esquivó las montañas de sacos y verduras, las ruedas y las piernas humanas, encontró una puerta, escapó al asfalto de la noche, y en la loca

huida estuvo a punto de acabar su historia, pues apenas puso el pie en la calzada, dos vertiginosas luces le enfocaron, y un auto veloz se le echó encima con el estruendo de un bocinazo furioso.

Sintió un golpe de viento junto a su oreja, y de refilón le lanzaron contra la acera, no herido, pero sí magullado, desconcertado y tembloroso.

Se quedó muy quieto, gachas las orejas y el rabo entre las piernas, espantados los ojos ante la inacabable procesión de vehículos rugientes; incapaz de acostumbrarse al parpadear de los millones de luces; a los ruidos y voces; al rumoroso arrastrar de pies de miles de personas, tantas, como no había visto nunca ni pudiera suponer siquiera que existieran.

Observó asombrado la procesión interminable de hombres y mujeres presurosos que pasaban a su lado sin dirigirle siquiera una mirada; los vio entrar y salir en masa de monstruosos edificios en cuyo frente brillaban centenares de bombillas intermitentes; asistió a sus luchas cuando pugnaban por subir apestados autobuses o desaparecían en enormes agujeros abiertos en el suelo, y comprendió de inmediato que había perdido la partida, que entre tanto olor a hombre diferente, jamás encontraría el olor del hombre que buscaba.

¿Cómo entrar en semejantes edificios? ¿Cómo trepar hasta la cumbre de cada uno de ellos para averiguar si su Enemigo se escondía allí? Algunos eran más altos que la más alta colina que hubiera visto nunca —casi como montañas—, montañas sin árboles ni senderos; montañas cortadas a pico que tan sólo los humanos, con su sorprendente ingenio, serían capaces de escalar.

Aquéel no era su mundo, estaba en desventaja, y nada podría contra el Hombre si —por un milagro— llegaba a encontrarlo. No había tierra bajo las patas en la que escarbar buscando un viejo olor perdido; no había árboles que conservaran en su corteza una antigua pista; no había tallos rotos, ni hierba aplastada, ni aquel barro seco y firme que mantiene la marca de una huella por días y semanas... La ciudad era como una inmensa casa; una de aquellas casas que siempre odió porque olían a cerrado, apestaban a humo y comida y devolvían multiplicado y deformado cualquier ruido embotando los sentidos, ensordeciendo los oídos, anulando el olfato e irritando los ojos.

Permaneció inmóvil durante horas, hasta que la mayoría de los transeúntes desaparecieron en las casas, los autobuses o los huecos del suelo, las luces comenzaron a apagarse, el ruido disminuyó y las calles se quedaron muy solas, rota su quietud de tanto por un auto que pasaba.

Se aventuró a moverse, e inició un lento vagar sin rumbo por aquel laberinto de calles iguales a otras calles, plazas semejantes a otras plazas, edificios soldados a otros edificios.

Se sintió más tranquilo. A aquellas horas, la ciudad le pertenecía; a él y a otros perros vagabundos, y se sintió capaz de explorarla de punta a punta, aunque resultaba improbable que lograra encontrar el rastro de su enemigo en la soledad

de la madrugada.

Nunca supo cuántos kilómetros recorrió ni cuántas veces regresó sin proponérselo al lugar del que había salido. Todas las esquinas se le antojaban la misma, y todas olían de igual forma.

Un perro inmundo, sin raza ni oficio, flaco y pulguiento le salió al paso e intentó entablar una breve relación, pero lo alejó con un gruñido y una demostración de la calidad de sus colmillos. Luego fue un gato el que le brincó casi entre las patas, le hizo frente un instante, erizando cada pelo de su cuerpo, y huyó hacia una escalera, maullando como si en verdad hubiera tenido algún interés en perseguirle.

Por último, cuando una promesa de día comenzaba a apuntar por alguna parte, de cada edificio surgió un hombre arrastrando un enorme recipiente metálico, y la ciudad entera se vio invadida por una hediondez insoportable que ganó fuerza cuando gigantescos camiones amarillos y apestosos como no había encontrado en su vida cosa alguna, excepto las mofetas, pasaron llevándose el contenido de los recipientes.

Y le sorprendió advertir cómo perros, gatos y seres humanos que más parecían fantasmas que personas, se disputaban semejante basura, revolvían en ella desparramándola por aceras y calles, y mientras los hombres guardaban en sucios sacos pringosos papeles y cartones, los animales devoraban con fruición restos de toda clase de comidas.

Perros sin dueño, sin dignidad ni estilo; perros mendigos, fantasmas de la noche; perros de ciudad, olvidados de su estirpe; sin raíces; sin amor a la Naturaleza; incapaces de distinguir el samán del cedro, la liebre, del conejo, y la perdiz, de la tórtola. Perros de basurero, desecho de su raza, parias sin objeto, buenos tan sólo para las pulgas y las garrapatas...

Siguió de largo, sin mirarlos, y se perdió en las sombras de un estrecho callejón solitario...

Dejó caer el fajo de documentos sobre la mesa:

—Aquí lo tienes todo: pasaporte en regla, visa de entrada en Venezuela, carta de trabajo, dinero y pasajes... Una avioneta te llevará a Leticia, en Colombia, y de allí seguirás por vuelos regulares a Caracas.

Examinó con detenimiento cada papel y alzó el rostro:

—¿Por qué no vienes tú también?

—¿Y quién se quedará a acabar con Anaya? Está maduro, y basta con empujarlo.

—Vengo oyendo eso desde que tengo uso de razón, y por creerlo me pasé cinco años picando piedra y casi dejo la vida en la aventura.

—Si no te conociera tanto, diría que estás asustado.

—¡Lo estoy! ¡Te lo juro que lo estoy! —aseguró, convencido—. Me he vuelto cobarde, y no me avergüenza decirlo... Y no fue la tortura, ni los años de trabajo, ni la posibilidad de que me fusilen lo que me amedrentó. —Hizo una pausa y sonrió con amargura—. Fue ese maldito perro que se me aparece en todas partes, despierto y soñando...

—¡No digas tonterías!...

—No son tonterías. Ya viste lo que ocurrió: no sé distinguir entre un perro lobo asesino y un pobre bicho que sólo quiere jugar... Reconozco que es una estúpida obsesión, pero me quebrantó el espíritu. No soy el mismo, y tal vez no vuelva a serlo nunca...

—¡Pero si está muerto! Tú mismo has dicho que no pudo sobrevivir a aquella perdigonada.

—También sobreviví yo... —le hizo ver— ¿Quieres que te confiese algo? Ese perro lleva dentro el espíritu de su dueño, que no descansará hasta acabar conmigo.

Huascar Pereira se sirvió un vaso de vino y observó a su amigo:

—Eso no es más que una tontería. Estás nervioso, cansado y preocupado. Desaparecerá con el tiempo.

—Probablemente... —admitió—. Pero necesito ése tiempo. Quiero vivir en un lugar en el que me sepa libre, y si un perro me acosa, poder llamar a la Policía y a los laceros... —bebió a su vez—. Pero mientras continúe aquí —añadió—, policías, ejército y laceros son sus aliados, y no los míos, ¿comprendes?

Huascar Pereira meditó un largo rato; al fin, inquirió:

—¿No será que ese perro te recuerda que mataste a un hombre?...

—¿Por qué? Yo había sido condenado injustamente, y tenía derecho a intentar la fuga... Mi vida estaba en peligro y lo maté en legítima defensa... ¿O no?

—Sí, desde luego... ésos son argumentos para exponerlos en un juicio, pero que tal vez no te basten a ti mismo... Quizás, en tu fuero interno, temes que no le diste al tipo todas las oportunidades que merecía para defenderse. Analízate. ¿Crees que fue un crimen?

—No.

—¿Estás seguro...? Él dormía, tú te lanzaste sobre su escopeta y disparaste sin darle tiempo a reaccionar. ¿Es un crimen matar a un hombre que duerme, cualquiera que sea la circunstancia?...

Ahora fueron dos a meditar la respuesta. Desde aquel punto de vista, lo que había acaecido en la colina era un crimen probablemente. No existía razón ni circunstancia alguna que justificase disparar contra un hombre dormido. Lo justo, lo lógico, hubiera sido darle el alto en el momento de empuñar el arma y evitar que echara mano a su pistola.

—No tenía tiempo... —dijo, convencido de que el otro había seguido su muda

argumentación—. Era su vida o la mía.

—¿Le diste oportunidad de rendirse?

—Estaba ocupado con el perro...

—¿Se la hubieras dado de no existir el perro?

—No lo sé. Existía, eso es todo... Sucedió en un segundo. ¿Es que no lo comprendes?

—Yo sí lo comprendo —afirmó con rapidez—. Pero... ¿lo comprendes tú?

Sonrió levemente, con desgano, y estudió a su amigo como queriendo calibrar el auténtico alcance de sus palabras. Se sirvió un nuevo vaso de vino.

—¿Intentas insinuar que a mi conciencia le han salido cuatro patas y rabo, y quiere mordirme? —inquirió, sardónico.

Esa noche, tumbado sobre su camastro y desvelado, se preguntó cómo eran en realidad las conciencias, si por ser cierto lo juzguen hubiera adquirido forma de perro.

Quiso analizarse sin decidir allí, a solas, si se sentía culpable por la muerte de aquel hombre. Rememoró la escena; se vió esposado, acosado y, vigilado por la fiera; recordó las escasas oportunidades de salvarse que había tenido, y llegó al convencimiento de que, honradamente, no podía haber actuado de otro modo; no tuvo ocasión de darle oportunidad alguna de salvarse.

«No —se dijo—. Ese perro no es mi conciencia... Es únicamente mi miedo... Quizás, también mi fatiga; mi hastío de la vida; ese monstruo que un día, pasados los cuarenta, se aparece a los hombres, y es una extraña mezcla de la vejez que llega amenazando; la juventud que regresa deformada; el terror a la impotencia y la incapacidad de aceptar la realidad de que ya estamos más cerca del fin que del principio...» .



## XII

No era un lugar para ser habitado. No había en él nada que justificase la presencia de un perro, ni de un hombre, ni de ser alguno dotado de vida, dotado de ojos, oídos y pulmones.

Trataba de comprender, y no podía. Había visto cómo allá en el campo cada noche su amo encadenaba a los presos, y cómo éstos intentaban a veces huir y debía perseguirlos. Pero aquí no parecía que nadie encadenase a nadie y, sin embargo, tampoco parecía que huyesen, que buscasen escapar a toda costa de la monstruosa prisión sin límites; mundo de hierro y cemento; de polvo y estruendo, en busca del aire limpio, el tranquilo silencio y la placidez de un paisaje infinito y abierto, sin la amenaza de rugientes camiones humeantes.

Estaban allí, y se diría que estaban por su gusto, sin advertir que cada día, entre aquellos muros y sobre aquel asfalto, era un día de dolor para cada uno de sus sentidos; día en que el estrépito destrozaba su capacidad de percibir los más leves ruidos; día en que la indescriptible mezcla de olores abotargaba su olfato, día en el que la proximidad del horizonte disminuía su habilidad de distinguir el vuelo de un ave en la distancia.

Dejó pasar la mayor parte de las horas durmiendo y las noches vagando. Calmó su sed en las fuentes, y su hambre, en las palomas que, de creerse tan listas, llegaban a ser estúpidas, porque demostraban una gran pericia a la hora de esquivar un auto que se les venía encima o escapar entre las piernas de un chiquillo travieso, pero que, probablemente, nunca se las habían tenido que ver con un perro cazador, que las acechó en las esquinas de las plazas y en los parterres de los parques, cayendo sobre ellas sin darles tiempo ni a entreabrir las alas.

No llegó a comprender tampoco, por qué, existiendo tan fácil fuente de alimentos, los perros del lugar jamás cazaban, y preferían alimentarse de los apuestos botes de basura.

Probablemente, del mismo modo que se deterioraban los sentidos, se perdería también, poco a poco, la dignidad, aunque desde luego, resultaba difícil imaginar que la mayoría de los bichos de raza indefinida que rondaban aquellas calles hubieran tenido —ni ellos ni sus antepasados— rastro alguno de dignidad.

Pasaron los días y las semanas; perdió incluso la noción del tiempo

transcurrido, y llegó un momento en que el pasado comenzó a nublarse en su mente, y todo fue debilitándose a medida que ganaba intensidad su angustia, su desesperada necesidad de abandonar aquellas calles mugrientas; aquel ambiente obsesivo y agobiante que le aterrizzaba y le obligaba a despertar sobresaltado cuando resonaba un claxon, un chillido, o un brusco frenazo.

Un grupo de rapazuos le persiguió a pedradas una tarde, y tuvo que contenerse para no plantarles cara y destrozar a más de uno, convencido como estaba de que en aquel ambiente llevaría las de perder, y no era buena cosa buscarse más problemas de los que tenía.

Quizá fue esa persecución, o quizás el convencimiento de que todo esfuerzo era inútil y, nunca encontraría a su enemigo, lo que le decidió a marcharse; a regresar al niño y a la casa; al campo abierto, las aves y la vida.

Pero no encontró la salida.

Días y noches vagó de un lado a otro, de calle a plaza, de plaza a puente, de puente a calle, pero aquel infernal mundo de concreto era como una gigantesca trampa para perros; laberinto sin fin ni principio, en el que, cuando creía que estaba siguiendo una línea recta que le llevaría a alguna parte, se encontraba de pronto con un alto muro que le cortaba el paso, y al intentar bordearlo, tropezaba con otro, o un barranco, un río, un abismo, una autopista impracticable, un tren que pasaba eternamente...

Y se asombró de encontrar su propio olor en lugares en los que nunca recordaba haber estado, y era tal la confusión que reinaba en su mente, que tentado se sintió de echarse a llorar como un cachorro.

Ya no ansiaba venganza, ni experimentaba aquella ineludible necesidad de cumplir una orden, ni le dominaba sentimiento o instinto alguno que no fuera el de escapar a toda costa, huir de la ciudad que acabaría por trastornarle.

Y una vez más emprendió el camino de regreso.

Y una vez más fracasó en su intento, y al fin, al filo de la madrugada, se recostó en el quicio de una puerta, decidido a dejar transcurrir otro día de inquietud y sobresalto.

Aún la ciudad no despertaba, y tardaría en hacerlo. El barrio era tranquilo y apartado, de altos edificios grises, como colmenas, más sucio y apestoso aún que de costumbre.

Cerró los ojos con la cabeza entre las piernas, dormitó un rato y tendió casi inconscientemente una oreja cuando sintió pasos al final de la calle.

Un hombre se aproximaba andando apresurado. Sin duda era alto, fuerte y decidido, pues el eco de sus rudas pisadas era devuelto por las casas de la acera de enfrente.

Cruzó junto a él sin prestarle atención y tampoco él se molestó siquiera en abrir un ojo, y continuó dormitando mientras el hombre se alejaba, pero, lentamente, un olor muy leve, casi imperceptible, pero inconfundible para él, le

obligó a alertarse, y alzando la cabeza observó con atención al desconocido que casi se perdía ya de vista en la esquina.

Era, efectivamente, muy alto y muy fuerte, casi tirando a grueso, y comprendió en el acto que no había en él nada que recordara, ni aun remotamente, a su enemigo, y, sin embargo...

... Sin embargo, además de su propio olor, sudor y cansancio entremezclado con él, inadvertido para quien no lo llevara tan clavado en el cerebro como él lo llevaba, había dejado a su paso el inconfundible olor de su Enemigo.

No podía explicarse cómo, pero así era.

El desconocido dobló la esquina, y durante unos instantes el Perro permaneció perplejo, sin saber qué partido tomar. Por último, su instinto pareció renacer de la apatía, la vieja orden cobró fuerza nuevamente y se lanzó en silencio en pos del hombre, que continuaba su camino ajeno a su presencia.

Llegó a estar tan cerca, que pudo captar ahora que, además del olor que perseguía, se percibía otro más agrio y picante, a pólvora quemada no hacía mucho.

Pólvora y sangre, y su enemigo... Mezcla que conocía bien y recordaba; mezcla que había provocado la muerte de su amo; mezcla que le traía a la mente momentos espantosos.

Siguió al hombre por calles solitarias, mientras una luz glauca y cansada comenzaba a teñir el cielo y las bombillas de las esquinas palidecían fatigadas de toda una noche de trabajo. Despertaron los primeros ruidos y se dejaron sentir los primeros llantos. Los hombres de la basura lanzaron su hedor sobre la ciudad, y el desconocido avivó aún más el paso, ansioso sin duda por retirarse a descansar tras toda una noche de trabajo.

Al fin cruzó una calleja de barrio pobre y se hundió, sin mirar atrás, en un portal miserable.

Aguardó unos minutos y se aproximó cauteloso. Dentro, todo era quietud, tinieblas y silencio, pero su corazón dio un vuelco al advertir que allí, en el quicio de aquella puerta, en el pasamanos de la escalera, e incluso en las mismas paredes pintarrajeadas, el olor de su Enemigo era tan fuerte, tan notable, tan explosivo, que parecía llenarlo todo, invadir el mundo, ondear como una bandera desplegada a los cuatro vientos.

Estaba allí, en alguna parte en el interior de aquel puerco y costroso edificio, y no dudó un instante cuando tuvo que lanzarse escalera arriba, husmeando en cada rellano, hasta que, al fin, después de trepar, jadeante, cinco pisos, se detuvo ante una puerta, tras la cual, no le cabía duda, se encontraba su Enemigo.

Permaneció muy quieto, esperando. Miró a su alrededor; comprobó su situación y, por último, subió unos cuantos escalones y se tumbó, paciente, en el próximo rellano.

La casa se llenaba ya de ruidos, pero cerró los ojos y se quedó dormido.

Le despertó un leve rumor y una indescriptible sensación de peligro.

Permaneció unos instantes inmóvil, contemplando el techo, intentando comprender el porqué de aquella extraña angustia.

Huascar roncaba en el camastro, y entre sueños lo había oído llegar al amanecer, como siempre, desnudarse a oscuras, tirar las ropas a un rincón y meterse bajo las mantas, en las que dormiría de cara a la pared hasta pasado el mediodía.

Todo parecía, por tanto, normal, y sin embargo, algo estaba mal y no podía saber qué.

Encendió un cigarrillo y fumó despacio a la espera de que la desagradable sensación desapareciera por completo.

« Todo va bien —se repitió una y otra vez—. Todo va bien... Te has dejado la barba; te has teñido el pelo; usas lentes de contacto de otro color, y ni Dios te reconocería aunque hablaras media hora con él» .

Su documentación estaba en regla, y dentro de dos días emprendería al fin el viaje que le depositaría, sano y salvo, en Venezuela.

¿De qué tienes miedo?

No lo sabía exactamente, pero había llegado a un punto en el que empezaba a creer que un nuevo y secreto instinto dominaba su capacidad de razonar.

Se puso en pie y se acercó a la ventana. La mañana estaba fría, y una neblina baja y sucia impedía que el sol calentara la ciudad gris y pastosa. Se estremeció levemente y penetró en el cuarto de baño.

Diez minutos después, ya vestido y lavado, se encaminó a la puerta. La abrió, dispuesto a salir, pero una bocanada de aire frío le dio en el rostro y regresó. Sobre la mesa se encontraba el gabán de Huascar; se lo puso, y al meter las manos en los bolsillos, notó el contacto de la pistola. Por unos instantes dudó, con ella empuñada, pero recordó la estupidez de dos semanas antes, y la dejó sobre la mesa.

Salió al rellano de la escalera, cerró con sumo cuidado para no despertar a Huascar y comenzó a descender sin prisas.

De improvisto, la sensación de peligro, aquel extraño instinto, le asaltó de nuevo, y alzó el rostro.

Allí estaba, a dos metros sobre él, silencioso y amenazante, mostrando los colmillos, con los ojos inyectados en sangre y listo para dar el salto definitivo.

No estaba soñando ni se engañaba. Era él, ¡é!!, e iba a matarle.

Saltaron al unísono; el Perro hacia el Hombre, y el Hombre hacia el próximo rellano. Se escuchó un grito y un gruñido. El animal alcanzó el brazo y clavó los dientes, pero el Hombre se lanzó escalera abajo, rodando y pateando, y así lucharon en confuso montón, cayendo y volviendo a levantarse, piso tras piso, ante el asombro y el terror de los vecinos que acudían al escándalo, hasta que

llegaron al portal, donde el Hombre pudo zafarse de la fiera, dejando el gabán en su poder, para correr a la calle, sangrante y cojeando, enloquecido, desesperado de dolor, tembloroso y aterrizado.

En la acera tropezó con un hombre que cargaba una caja de refrescos, que cayó al suelo y lo sembró de botellas rotas. Ni siquiera lo vio, pues atravesó la calle a punto de que los autos lo mataran, buscando desesperadamente un lugar en el que protegerse del animal, que en ese momento surgía ya del portal lanzándose tras él.

Durante un segundo precioso, un autobús rugiente y humeante se interpuso entonces y fue éste el tiempo que necesitó para descubrir el camión de refrescos con la puerta de la cabina entreabierta.

De un salto prodigioso, cuando ya la fiera le clavaba una vez más los colmillos en la pierna, se metió dentro y cerró tras él.

El animal, desde abajo, le ladró furioso una y otra vez, abalanzándose ciegamente contra el cristal. Luego trepó al motor, y allí, a menos de medio metro de distancia, le ladró babeante y frenético, decidido a quebrar el parabrisas, que era cuanto le separaba de su enemigo.

El Hombre temblaba. Era un temblor convulsivo, incontenible, pero súbitamente su vista reparó en las llaves, y lanzándose hacia delante, puso el motor en marcha y arrancó con furia.

El perro se tambaleó y, de improviso, reparó en su peligrosa posición. El camión iba ganando velocidad, y el Hombre pisaba el acelerador a fondo, dispuesto a acabar de una vez con aquel perro endemoniado que había sido capaz de seguirle desde el confín del mundo.

Fue una loca carrera por las calles de la ciudad, a punto de estrellarse, con un perro que luchaba por no caer, y un hombre irresponsable de sus actos que sangraba y gritaba su venganza, que aullaba de dolor y de alegría por su victoria, sembrando el asfalto de botellas de naranja, limón y Coca-Cola, dejando caer sobre los transeúntes cajas enteras de refrescos.

Al fin, con un frenazo brusco logró que el animal rodara hasta el suelo, y cuando lo vio allí, tendido, metió de nuevo la marcha y se precipitó sobre él, pero el Perro fue más ágil y de un salto echó a correr, cojeando, calle abajo.

Lo persiguió con saña, ciego a todo lo que no fuera matarlo, y así lo fue acosando por calles y aceras, hasta que el destrozado animal, sangrante y agotado, se detuvo al borde de la calzada, en un punto abierto y sin posibilidad de protección.

A veinte metros de distancia, el Hombre lo observó y comprendió que lo había derrotado. La lengua colgante, la pata quebrada, el lomo sangrando y las orejas caídas, le mostraron claramente su victoria. El Perro miró también al Hombre y el monstruoso camión que ya mostraba rojas manchas de su propia sangre.

Le habían vencido, y lo entendió. Se sentía incapaz de moverse, y supo que su misión había terminado. Podía luchar contra aquel hombre y contra cien; podía seguirle el rastro a través de un país y acecharle durante días y meses, pero allí estaba ahora la máquina, dura e insensible, incapaz de amar o de sufrir, y contra la máquina nunca lograría vencer.

Pensó en el niño, sollozó quedamente a sus recuerdos, cerró los ojos, resignado, y esperó...

Lo vio esperar, cerrados los ojos, derrotado y sin fuerzas para intentar siquiera la huida, y su ira, el furor incontrolable que le invadiera hasta ese instante pareció esfumarse.

Con un gesto mecánico apagó el motor, y su silencio y quietud le hicieron comprender que, en realidad, era el camión, y no él, Quien había vencido.

Abrió la puerta y saltó a la calle solitaria. Contempló a su enemigo, que le miraba de nuevo fijamente, y avanzó hacia él. Ya no le pareció la bestia sanguinaria que le acosaba desde meses atrás, sino un pobre animal indefenso, malherido y gimiente.

Se detuvo a no más de tres metros, y se observaron muy quietos.

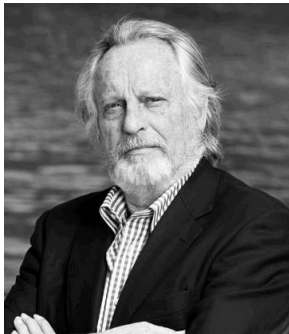
Se entendieron en silencio.

No habría ya más persecuciones ni más luchas.

El hombre se alejó calle abajo en busca de un país lejano en el que descansar.

El Perro se alejó calle arriba, en busca de su nuevo amo.

El camión quedó solo en el centro de la calle, sobre el duro asfalto, sobre el que aún goteaban rotas botellas de naranja, limón o Coca-Cola.



ALBERTO VÁZQUEZ-FIGUEROA (Santa Cruz de Tenerife, Canarias, España, 11 de octubre de 1936). Cuando aún no había cumplido un año su familia fue exiliada por motivos políticos al África Española; allí pasó toda su infancia. Más tarde, Vázquez-Figueroa fue recogido por su tío, administrador civil del fuerte militar en el Sáhara español en el que vivían. Éste comenzó a proporcionarle libros para leer, sobre todo novelas de aventuras de autores como Joseph Conrad, Herman Melville o Julio Verne, que hicieron que éste fuera su género favorito.

A los 16 años regresó a Tenerife para estudiar. Trabajó como profesor de submarinismo y buceo en el buque-escuela *Cruz del Sur*, con Jacques Cousteau, donde estaría dos años. Con el dinero obtenido como profesor de submarinismo se trasladó a Madrid, pagándose y obteniendo en 1959 su diploma por la Escuela Oficial de Periodismo. Al no encontrar trabajo tras terminar sus estudios, optó por comprarse un viejo barco y, junto a dos ex-alumnos suyos de submarinismo, dar la vuelta al mundo, lo que les llevó 14 meses.

Empezó a trabajar como enviado especial en 1962 para Destino y como corresponsal de guerra para La Vanguardia. Más tarde, hizo el programa de Televisión Española «A toda plana» con Miguel de la Quadra-Salcedo y Silva. Cubrió como corresponsal guerras y revoluciones en Bolivia, Chad, Congo, Guatemala, Guinea, República Dominicana y otros.

Escribió «Arena y viento», su primera novela, con catorce años (que fue publicada con diecisiete), pero no fue hasta llevar quince años como periodista

cuando empezó a ganar lo bastante como para dedicarse en exclusiva a su carrera literaria, que incluye más de sesenta libros publicados. El éxito le llegó con su 15.ª o 16.ª novela, «Ébano», que aborda el tema del tráfico de esclavos en África. La Amazonia, el desierto, la selva africana, son algunos de sus temas favoritos, desarrollados siempre a partir de una amplia documentación. Como él mismo ha comentado en varias ocasiones, el hecho de haber viajado por medio mundo le ha dado la experiencia y las vivencias necesarias para dar realismo a sus novelas.

En 1975 escribió una autobiografía, titulada «Anaconda» .

En 2007 publicó su nueva novela «Por Mil millones de dólares» de forma simultánea en papel y como descarga gratuita a través de su blog. Además, anunció su intención de publicar sus siguientes obras de la misma forma. El motivo, según él mismo, fue su convencimiento de que *«quien lo descargue de la red nunca hubiera comprado mi novela, o sea que prefiero que me lea gratis a que no me lea. Tal vez la próxima vez se decida a comprar un libro aunque no sea mío»* . Además, *« todos los periódicos o revistas que lo deseen están autorizados a publicarlas al estilo de las antiguas novelas por entregas con la diferencia que en este caso no tendrán obligación de pagarme nada en concepto de derechos de autor»* .